
REBELION EN LA GALAXIA
V. A. CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
J. BOSET

V. A. CARTER

REBELION EN LA GALAXIA

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

-Estamos anclados, señora. A dos diámetros de la superficie.

-Gracias, Dynam -no acababa de acostumbrarse a la idea de que su ayudante no era sino una perfectísima máquina, pese a los años que llevaba sirviéndose de él-. ¿Has comprobado las condiciones?

-Sí, señora. Gravedad, 0,93; presión atmosférica y proporción de oxígeno, normal tipo Tierra; concentración de...

-No me interesan los detalles. Resume: ¿se hace precisa la escafandra o no hay peligro alguno?

-En apariencia no lo hay. No obstante, las prescripciones del manual aconsejan...

-¡Monsergas! ¡Vamos abajo!

-¿Yo también, señora?

-Naturalmente. Tu trabajo lo puedes realizar aquí lo mismo, viniendo conmigo. Y a mí puedes serme necesario en presencia.

Una especie de baúl situado en un rincón de la sala de derrota, comenzó a animarse. Era Dynam.

Su cuadrado cuerpo, apoyado sobre tres pares de patas metálicas, muy semejantes a las de las arañas, se elevó hasta quedar a medio metro de altura sobre el suelo. A su lado se descorrieron una especie de persianas y de los huecos salieron dos larguísimos brazos articulados, provistos de manos de apariencia humana.

Mira Dekker siguió al robot por un corto pasillo hasta una estrecha

compuerta. Penetraron ambos por la abertura. Dynam se acomodó en una especie de nicho al que su cuadrado cuerpo se ajustaba perfectamente. La joven se hundió en un sillón, frente al tablero de mandos, sujetándose con las correas de seguridad.

No pulsó un solo resorte. Sus manos permanecieron inertes sobre los brazos del sillón y, no obstante, luces de distintos colores comenzaron a titilar ante ella; una pantalla se iluminó, mostrándole el exterior tachonado de estrellas, y distintas palancas se movieron en un sentido u otro. Dynam había tomado a su cargo la conducción de la pequeña navecilla de desembarco y se encontraban ya en el vacío, separados del *Galaxy*, el colosal transporte cuya única tripulación eran ellos mismos.

-¿Tienes perfectamente localizado el sitio?

-Sí, señora. No hay ninguna nave a la vista, sin embargo.

A fantástica velocidad sobrevolaron el planeta. Mira no había estado jamás en él, y sus características le eran totalmente desconocidas. Sin embargo; no había nada que pudiera suponer grandes diferencias con cualquier otro astro del tipo *standard*, o sea, equivalente a la Tierra.

Bajo ellos pasaban capas de blancas nubes; el suelo variaba en sus tonalidades, desde el verde intenso, indicador de grandes extensiones selváticas, hasta el mortecino amarillo de las arenas desérticas, pasando por extensiones líquidas de todos los tamaños y formas imaginables.

-Ya hemos llegado, señora. ¿Descendemos?

-No. Espera un momento.

La navecilla auxiliar se mantuvo dando vueltas sobre la región. Los círculos que trazaba eran perfectos, teniendo siempre como centro matemático la cima afilada de una aguja rocosa no exageradamente elevada.

-Yo creo que es una tomadura de pelo, Dynam. Ahí abajo no se ve nada ni nadie. ¿Dónde has localizado la emisora?

El robot guardó silencio unos instantes, ligeramente confuso ante la, para él, ininteligible expresión utilizada por su ama en primer lugar. Su delicado cerebro trabajó activamente en busca del significado de las palabras *tomadura de pelo*. ¿Para qué había de tomarle nadie el pelo a su ama? Finalmente optó por hacer caso omiso de la frase, aunque el esfuerzo hizo resentirse un par de conexiones electrónicas en su interior.

-En efecto, no se ve a nadie. La emisora está en la cima de ese peñasco alto.

-Bajemos lo más cerca posible de allí.

Se posaron en una estrechísima faja de arena limitada, por una parte, por un respetable acantilado y, al otro lado, por un mar ahora en calma.

Mira echó pie a tierra sin perder un segundo. Examinó el suelo en tanto que Dynam se le reunía con aquel aire cauteloso que le daban a su andar

pesado las seis piernas articuladas que le servían para trasladarse.

No se veían otras huellas en la arena que las dejadas por el viento y las aguas.

-Vamos allá. No está muy lejos.

La muchacha se encaramó sobre el metálico lomo de su compañero quien, sin esfuerzo aparente, la transportó cansinamente hacia una abertura en el acantilado, por la que se deslizaron hasta alcanzar el pie de la aguja rocosa.

Todavía los únicos seres vivientes que encontraron en su camino eran las raquíticas plantas que sobrevivían penosamente en las ínfimas cantidades de tierra depositadas por el viento entre las fisuras de las rocas.

-Vamos hacia allá, Dynam -señaló Mira-. Daremos la vuelta por si nuestro desconocido náufrago estuviera en otra parte.

Cautelosamente, el robot hexápodo obedeció.

-¡Bonito caballo! -rió una voz jovial encima de ellos, cuando apenas habían dado unos pasos en la nueva dirección.

Mira elevó la vista.

Un hombre, joven a juzgar por la agilidad de sus movimientos, aunque la crecida barba rubia y lo andrajoso de sus casi inexistentes vestidos, parecían desmentir esta impresión, bajó desde una estrecha cornisa hasta reunirse con Mira y Dynam. Todo en él irradiaba optimismo y sus ojos azules debían encontrar divertido el espectáculo de la muchacha montada sobre el robot, a juzgar por la ancha sonrisa que le hacía exhibir unos blanquísimos y fuertes dientes.

De un salto estuvo sentado junto a ella.

-¡Vámonos!

Mira se volvió a mirarle, ligeramente ofendida.

-¡Oiga! ¿Qué descaro es ése? ¡Baje inmediatamente!

-Nones -se negó él-. ¿No ve que soy un pobre desgraciado que ha estado varios días en este malhadado planeta? Necesito urgente asistencia médica.

-¿Quién, usted? Será para que le pongan una camisa de fuerza, pienso yo...

-¡Es lo normal, hija! ¡Todos los manuales sobre medicina del espacio lo dicen!

-¿El qué dicen?

-Que yo tengo que estar destrozado moral, física y psicológicamente. ¡Tanto tiempo sin un alma amiga a quien comunicar mi pensamiento! ¡Temiendo verme desterrado aquí para siempre! ¡La solitaria vejez...!

-¡Payaso! -casi le mordió ella-. Tenga la seguridad de que si llego a saber que iba a encontrarme con un...

-¡No siga, por favor! -el joven le puso una mano en la boca, pero tuvo

que retirarla inmediatamente porque el mordisco que ahora le amenazaba no era solamente verbal. Volublemente olvidó lo que iba a decir-. ¡Diablos! ¿Sabes que tienes genio?

-Señor... como sé llame. No hemos sido presentados aún, ni creo haberle autorizado para que me tutee...

-¡Oh, eso no tiene importancia alguna! Mi nombre es Jack Talbot, ¿y el tuyo?

-Mira... ¡Váyase al diablo! -terminó, indignada consigo misma porque había estado a punto de seguir la corriente a aquel chiflado-. ¡Acelera, Dynam! ¡A ver si consigues derribar a este papagayo!

Pero tuvo que ser él quien sujetara a la muchacha, porque el brusco arranque del robot la pilló totalmente desprevenida. Durante un segundo sus cuerpos permanecieron juntos, cosa que a él no le desagradó demasiado, según se veía por la forma en que mantenía la presión. A todo esto sin dejar de hablar un segundo.

-¡Bonito nombre, Mira! ¡La palabra *maravilla* en el antiguo latín terrestre! ¡Y que te cuadra, lo digo yo! ¡Es curioso lo que ocurre con los nombres de las personas, que raramente permiten imaginarse la apariencia de quien los utiliza! Pero contigo no ocurre 1o mismo, ni mucho menos...

-¡Oiga, señor! -la muchacha estaba verdaderamente indignada, y su puño golpeaba fútilmente sobre el metálico caparazón de Dynam-. ¡¿Me... quie... re... ha... cer... el... fa... vor... de... callarse?!

Había hablado lentamente, como si cortara las palabras con los dientes, y la última fue un verdadero grito. Talbot prosiguió imperturbable, como si no la hubiera oído.

-Tienes exactamente el aspecto que indica tu nombre... ¡maravillosa! -hizo una ligerísima pausa y volvió a la carga-. ¿Sabías que tu famosa homónima de la constelación de la Ballena no se te puede comparar en esplendor? ¿La has visto alguna vez?... No, no la has visto. Es preciosa...

-¡Oh, por favor! ¿No podría callarse ya de una vez?

Era inútil. Aquel hombre parecía llevar un siglo sin pronunciar palabra y estar deseoso de recuperar el tiempo perdido. Hablaba sin cesar, y Mira no tuvo otro recurso que colocarse las manos sobre los oídos.

Penetraron en la nave auxiliar. Mientras Dynam se reintegraba a su nicho, los dos seres humanos tomaron asiento en los sillones. La estrecha puertecilla se cerró, pero la pantalla siguió a oscuras y nada parecía indicar que se pusieran en movimiento.

Y Jack Talbot disparando palabras como una ametralladora.

Al fin pareció darse cuenta de que Mira no había hecho movimiento alguno hacia los mandos. Permanecía con los brazos cruzados sobre el erguido busto, una sonrisa vagándole traviesa por el rostro. Los ojos cerrados.

-Oye, nena... ¿no nos vamos?

Ella suspiró, como si despertara de un sueño.

-¡Ah! ¿Pero ya ha terminado? Estaba esperando que me permitiese dar las órdenes a Dynam. ¡Vamos, Dynam!

La pantalla se iluminó y vieron desaparecer en ella el acantilado, cual si se hundiese en la tierra.

-¿A la nave, señora?

-¡Nada de eso! Ya que estamos aquí, aprovecharemos el combustible del viaje. ¡Localiza alguna plantación! Si hay *grabida* la recolectaremos.

Jack tomó por los pelos la ocasión de conversar.

-¿Eres comerciante en *grabida*?

-¡Naturalmente, señor! -replicó ella, adusta-. ¿Cree que estaba por aquí en viaje de placer, o que he venido a recogerle adrede desde el otro lado de la Galaxia?

El guardó silencio unos instantes.

-Yo de ti volvería inmediatamente a la nave, para salir de este sector más que aprisa.

Marchaban a toda velocidad y su movimiento era tan suave que Mira pudo fácilmente ponerse en pie y encarar al hombre, plantándose ante él con los brazos en jarras.

-¿Y a dónde quiere el señor que le lleve? -preguntó zumbonamente. En un arranque se volvió hacia los instrumentos que indicaban la composición de la vida vegetal que iban sobrevolando-, ¿Se ha creído que esto es un taxi?

-No digo que me lleves a un lugar determinado, preciosa -la sonrisa no se había apeado ni un segundo de los labios de él-. Sigue el rumbo que creas más conveniente, pero por tu bien te aconsejo que des la popa a este planeta y pongas un centenar de años-luz por lo menos entre tú y él.

-¡Por mi bien! ¡Lo único que me conviene es el dinero que pueda obtener con mi trabajo! ¡Y lo voy a obtener, mal que le pese, a usted!

-Como quieras -Jack montó una pierna sobre otra, adoptando una posición más cómoda-. Te aseguro que lo hacía sólo en beneficio tuyo. ¿Tienes un cigarrillo?

Ella, furiosa, le arrojó un paquete sin mirar mucho a donde iba a parar. En realidad no prestaba atención a lo que estaba haciendo, y ni siquiera pensó por un instante en que Dynam estaba allí precisamente para vigilar y manejar todos los instrumentos.

Talbot sacó un cigarrillo del paquete y se lo colocó en la boca. A la primera chupada comenzó a despedir humo, que instantáneamente era absorbido por los purificadores de aire.

-Los instrumentos señalan la presencia de *grabida*, señora -anunció la monótona voz de Dynam.

-Desciende y pon en marcha los analizadores de contacto. Si es de buena calidad, la recolectaremos. ¿Hay mucha?

-Una carga completa apenas hará mella.

Se posaron en el centro de una extensa llanura. Dynam, con su cerebro electrónico en contacto radial con todos los instrumentos de a bordo, tanto del *Galaxy* como de la navecilla auxiliar, realizaba las maniobras necesarias con la matemática exactitud de la máquina que era.

La *grabida*, compuesto químico que se formaba en la médula de ciertas plantas existentes en los planetas donde sus componentes se daban en la proporción adecuada, era prácticamente uno de los pilares sobre que se asentaba la civilización humana en la era galáctica. Tratada adecuadamente según la aplicación que se deseara darle, era la base del combustible quemado por los motores de las naves interestelares; para la formación de aleaciones capaces de resistir la tensión nuclear producida por las extraordinarias alteraciones de velocidades, cientos de veces superiores a la de la luz, con que se construían las astronaves.

Y, cosa extraordinaria en esta época de inaudito progreso técnico y científico, su producción industrial resultaba prohibitiva como consecuencia de los elevadísimos costes. Había que extraerla después que la Naturaleza había realizado la complicada función preliminar de concentrarla en pequeñas bolsas, y con un sencillo procedimiento refinador quedaba lista para llevarla a las plantas industriales donde se la sometía a los procesos necesarios para su transformación en el elemento requerido.

El único problema serio era el de su escasez. No todos los planetas reunían las condiciones adecuadas para su concentración, sino que más bien eran escasos, en la proporción de uno entre centenares, y aún dentro de ellos se daba como más común el caso de que la concentración de *grabida* era demasiado baja para ser aprovechable, o que solamente pequeñas áreas territoriales la producían. Como consecuencia de la agobiante escasez, una cosecha dejaba él planeta esquilmado para varios años.

Por ello, Mira Dekker no estaba dispuesta por ningún motivo a desaprovechar la ocasión de cargar su transporte hasta los topes y hacer los viajes necesarios hasta que se agotaran las reservas. Suponía demasiado dinero, del que estaba necesitada agobiadoramente.

Comprobada por los instrumentos la excepcional riqueza del sector en *grabida*, Mira no vaciló ni un segundo en ordenar descendieran del transporte las máquinas cosechadoras, en tanto que Jack Talbot, sin descomponer en lo más mínimo su pose de irrefrenable optimismo, insistía en la conveniencia dé salir de allí rápidamente.

-Pero, veamos, señor de las prisas. ¿Puede usted decirme por qué me conviene desaparecer de esta parte de la Vía Láctea? ¿O es más bien -agregó maliciosamente- que tiene usted mismo interés en ir a alguna parte,

con prisas?

Jack se limitó a sonreír. Perezosamente maniobró el control del sillón, que no había abandonado, hasta extenderlo en forma de cama, Sus brazos se levantaron hasta apoyar la nuca en las manos.

-De ninguna forma, querida. Es que tengo el presentimiento de que pronto va a haber peligro.

-¡No me llame usted *querida*! -gritó indignada-. Y en cuanto a sus presentimientos, puede guardárselos para usted solo. Yo tengo el de que, si permanezco aquí unas horas, habré hecho el negocio de mi vida.

-Lo habrás hecho si nos largamos inmediatamente. Porque entonces podrás satisfacer tu máxima ilusión de casarte conmigo. De lo contrario...

-De lo contrario... ¿qué? Tendré dinero en abundancia. Y en cuanto a lo de casarme con usted -le dirigió una mirada que quería ser despectiva y que, sin embargo, no lograba ocultar la admiración que le producía el espléndido físico del hombre. Jack Talbot era joven, eso podía verse perfectamente a pesar de la enmarañada barba que casi le ocultaba las facciones; y ni los harapos conseguían disminuir la innata elegancia de sus movimientos. Los voluminosos músculos que se dibujaban bajo la tostada piel daban a la vez sensación de inmenso poderío y una agilidad felina- en cuanto a lo de casarme con usted... ¡Ni aunque fuera el último hombre en el Universo! ¡Fantoche!

El hombre cerró los ojos, como disponiéndose a descabezar un sueñecito.

-Estoy cansado, cariño -descaradamente insistió en aplicarle apelativos afectuosos, pese a la prohibición de ella-. Ya me avisarás cuando necesites algo de mí.

La joven prosiguió la tarea de dar órdenes a las máquinas que cortaban los vegetales, expulsaban las materias no aprovechables y, luego de refinar someramente la *grabida*, la almacenaban en cajas especiales, herméticas. De vez en cuando un pequeño aparato de transporte se elevaba hasta desaparecer en las alturas. Su destino era el *Galaxy*, en cuya voluminosa panza quedaba depositado el precioso material.

Mira, aunque absorta en su trabajo, no lo estaba lo suficiente para impedir que de vez en cuando su ojos glaucos se posaran acariciadoramente sobre su dormido acompañante, como deslumbrados. Instantáneamente los desviaba, maldiciéndose en su fuero interno por esta debilidad... para, segundos después, repetir la rápida ojeada.

-...a gran velocidad -cantó la monocorde voz del robot.

La joven pareció despertar de un sueño, miró hacia Dynam sin comprender lo que había oído. En cambio el presunto dormido, Jack Talbot, se irguió en su asiento como si le hubiera impulsado un resorte. Sus facciones no reflejaban en estos momentos la expresión burlona que antes

pareciera estereotipada en ellas.

-¡Repite, Dynam! -ordenó Mira, ligeramente sobresaltada de la reacción del joven. Todas sus advertencias anteriores acudieron ahora a su mente, tomando un siniestro significado.

-Los instrumentos señalan en el quinto cuadrante, a veinticinco grados al Sur del plano galáctico, tres pequeñas masas que se aproximan hacia aquí, en línea recta y á gran velocidad -repitió.

-¿Pueden ser aerolitos? -preguntó Talbot. La máquina permaneció muda, no estando condicionada a obedecer sino a la voz de la muchacha.

Mira tuvo que reproducir la pregunta.

-No. Su trayectoria no traza ninguna curva orbital. Son, sin duda alguna, naves. Ahora comienzan a disminuir la velocidad.

-¡Pregúntale a qué distancia están! -la voz de Talbot se mostraba tensa.

-A treinta minutos-luz -calculó el robot instantáneamente-. Los instrumentos de largo alcance comienzan a perderlos por la interferencia de la masa del sistema planetario.

-¡Vámonos, Mira! ¡Aún estamos a tiempo de esquivarlos!

Ella pareció dudar unos momentos.

-Está bien -accedió al fin-. Pero como se trate de alguna de tus bromas, ¡te acordarás de mí, Jack Talbot!

Le había tuteado inconscientemente. Jack dejó asomar una fugitiva sonrisa antes de reclinarse de nuevo en el sillón.

-¡Dynam! ¡Que regresen todos al *Galaxy*! ¡Ya volveremos a terminar la carga! ¿Falta mucho para completarla?

-Solamente faltan por llenar los compartimentos nueve y diez.

-¡Espléndido! Con esto ya no volvemos con las manos vacías.

El tenue aire de las capas superiores de la atmósfera tronaba en las paredes de la navecilla mientras ésta se elevaba verticalmente en busca del *Galaxy*, que ahora se hallaba detenido precisamente encima de ellos. Fue cuestión de segundos el que abandonaran la envoltura gaseosa del planeta y se refugiaran en la acogedora masa del inmenso carguero.

Los demás aparatos, cada cual dotado de su propio sistema de impulsión, estaban ya acomodados en su lugar.

-¡A toda velocidad, a casa, Dynam! ¡Espera un momento!

Esta última exclamación la pronunció Mira ante una seña desesperada de Talbot. Se hallaban aún en la cámara de la nave auxiliar.

-¿Qué te ocurre ahora? ¿No quieres que nos marchemos?

-Sí, pero por donde podamos escapar. ¿Hacia dónde cae *casa*?

Mira comprendió inmediatamente lo que él quería significar.

-Hacia el segundo cuadrante -concedió de mala gana.

-Nos conviene interponer el volumen del sol de este sistema entre nosotros y nuestros *amigos*. Mi opinión es que debemos salir por el lado

contrario al que se encuentran ellos, o sea, el décimo cuadrante.

Los primeros navegantes galácticos, al extenderse sobre inmensas extensiones inexploradas, habían comprendido que los antiguos sistemas de orientación, tomando como puntos de referencia determinadas estrellas, habían dejado de ser prácticos por la dificultad en localizar los mojones, que a veces se encontraban al otro lado de la Vía Láctea, en el reducido sector circundante a una estrella de tercer orden llamada *Sol*, totalmente invisible cuando el poblado centro de la nebulosa se intercalaba entre el observador y la estrella buscada. Por ello habían dividido imaginariamente la achatada esfera de la galaxia en diez sectores a los que denominaron *cuadrantes*.

Mira asintió, rectificando sus órdenes al robot.

El *Galaxy* se zambulló hacia el sol, aprovechando la atracción de éste para incrementar su velocidad. Pasaría casi rozándolo, pero cuando llegase al otro lado saldría disparado al espacio exterior. Difícil sería que sus perseguidores pudieran darle alcance como no tropezaran por casualidad con ellos; cuando pudieran localizarles no serían sino un punto alejándose a tremenda velocidad, que poco después se perdería definitivamente al dar uno de aquellos fantásticos *saltos* en los cuales se podían recorrer centenares, e incluso miles, de años-luz en una fracción de segundo, para emerger de nuevo a velocidad infralumínica.

-Como verás, no te engañé al decirte que podía ser peligroso permanecer aquí.

-¡Aún no se ha demostrado que esas naves traigan intenciones inamistosas! -rebatió ella rabiosamente, resistiéndose a reconocer que Jack tenía razón.

-Permanece aquí, si quieres asegurarte -sus nervios parecían haberse quedado en el planeta que acababan de abandonar. Sonreía.

-¡Oh! ¡No sé qué te haría! -bruscamente salió por la puertecilla que comunicaba con la nave principal. Dynam la siguió, moviéndose torpemente sobre sus seis grotescas patas, en una cómica imitación involuntaria del fiel perro terrestre.

Jack Talbot los vio desaparecer sin que la sonrisa se apeara de sus labios. Había reintegrado las manos a su posición de almohada y no hizo ademán alguno de seguirles.

-¡Bien, muchacho! -suspiró en voz casi inaudible-. Parece que de ésta te libras. Pero ¡qué endemoniadamente bonita es la chiquilla! ¡Y tiene genio!

La voz excitada de Mira Dekker sonó a través del altavoz, cortando en seco sus reflexiones.

-¡Jack! ¡Jack! ¡Había uno de ellos esperándonos y se precipita hacia nosotros a gran velocidad!

CAPÍTULO II

-¡Voy inmediatamente!

La fingida pereza de Jack se esfumó en el acto. Fue cuestión de dos segundos el que se escurriera por la puertecilla, recorriendo el corto pasillo que seguía a continuación. La parte habitable del monstruoso *Galaxy* era relativamente pequeña como correspondía a su reducida tripulación de una persona y un robot móvil. Se precipitó en la cámara de control.

Mira había recuperado algo de su sangre fría. Sus miradas no se separaban un segundo de la pantalla del localizador de corta distancia, cuyo centro indicaba la situación del *Galaxy*. A sus espaldas acababa de quedar el titánico globo de gas que daba luz y calor a aquel sistema planetario; dentro de pocos segundos cruzarían la órbita del planeta que acababan de abandonar, si bien que interponiéndose entre ellos el sol. Y, más allá, un punto de luz, demasiado rápido en su movimiento para tratarse de un asteroide o cometa, corría a cortarles el paso.

-Dynam dará cuenta de él como intente detenernos -aseguró la muchacha confiadamente.

-Lo dudo.

-¿Crees, acaso, que tus reflejos son más rápidos ?

-No, pero una máquina piensa siempre lógicamente y otra máquina puede predecir cualquier maniobra suya.

-¡Tonterías! -repuso, despreciativa-. ¡Jamás tendrías tú la suficiente presencia de ánimo para actuar como requieren las circunstancias! Nos movemos a demasiada velocidad.

El *Galaxy* mantenía invariable su rumbo y la otra nave trazaba una trayectoria que inevitablemente los llevaría a cruzarse. La pantalla del telecomunicador se iluminó, dejando ver un rostro de hombre, cetrino, de facciones duras.

-¡Deteneos!

-¿Quién lo ordena? -preguntó Mira, estableciendo el contacto por su parte.

El hombre de la pantalla no podía ver sino el hermoso rostro de la muchacha. Vaciló unos segundos antes de responder.

-Pertenecemos a la Patrulla Policial de la Liga Federal. Tenemos motivos para suponer que a bordo de esa nave viaja un peligroso criminal...

-¡Mostradme la documentación y la orden de registro!

Nueva vacilación. El hombre cerró el contacto sónico por unos momentos, mientras cambiaba impresiones con otro a quien ellos no podían ver.

-Detened la nave para que podamos abordaros. Uno de nuestros hombres dará las satisfacciones que sean necesarias.

Jack indicó a la muchacha que se apartara. Ella obedeció.

-¡Hola, general Grombes! ¿Cómo va ese hígado? -saludó, tomando asiento ante la pantalla. El hombre pareció a punto de estallar al verle-. No sabía que hubiera cambiado de nacionalidad... y de empleo. Yo siempre había creído que su trabajo era el de Jefe del...

-¡No pretendas engañar a esa joven con otro de tus trucos, Talbot! ¡Entrégate voluntariamente y haremos lo posible para que seas juzgado con benignidad! -le interrumpió Grombes.

-¡En Sirio nos veremos... si tienes valor para llegar allí, Grombes! -y cerró el contacto.

-¿Quién es ese Grombes? -preguntó Mira en tanto que Talbot empuñaba los controles manuales de la nave.

-¡Desconecta el robot! -Jack hablaba en voz baja pero imperativa. Mira hizo ademán de obedecerle pero no llegó a completar la acción.

-¡ No! Antes quiero saber quién eres. No me gustaría enterarme más tarde de que estoy ayudando a escapar a un fugitivo de la justicia.

El *Galaxy* hizo en aquel momento un movimiento extraño, girando sobre sí mismo como una peonza. Las luces se apagaron y encendieron varias veces en tanto que ambos jóvenes se veían arrancados de sus asientos, yendo a parar juntos al suelo. Varias luces rojas se encendieron en el tablero y los timbres de alarma comenzaron a sonar por distintos sectores de la astronave.

Jack abrazó estrechamente a Mira, tratando de protegerla lo mejor posible de los golpes. La monótona voz de Dynam cantó impersonalmente:

-Avería en el compartimento de carga número seis. Grieta en el casco. Es conveniente tomar precauciones por posibles pérdidas de atmósfera.

-¡Desconecta al robot de los mandos! -repitió Jack desesperadamente-. ¿Quieres que nos achicharren sin defendernos?

Pero no fueron las palabras de él lo que la decidió a obedecerle, sino un sentimiento de cólera ante lo que consideraba injustificada agresión.

-¡Parte de mi carga perdida! ¡Dynam! ¡Abandona el control a manuales!

El *Galaxy,* que hasta entonces, bajo la mecánica dirección del autómata, había ido desviándose de su curso para evitar el encuentro con el enemigo a la vez que disparaba incesantemente proyectiles rompedores contra aerolitos para defenderse del bombardeo de que se le hacía objeto, saltó como un caballo de carreras, precipitándose hacia la nave de Grombes.

Sorprendido ante el cambio de maniobra, Grombes desvió su agilísimo crucero, tratando desesperadamente de eludir la andanada de rayos disruptores que se le venía encima. Por pronto que quiso levantar la pantalla protectora, no fue lo bastante para impedir que uno de sus motores quedara totalmente inutilizado y que sus hombres tuvieran que embutirse

rápidamente en los trajes espaciales al escaparse el aire respirable por varias grietas.

Frenar su impulso y regresar al lugar del encuentro llevó a la presunta nave de la Liga el suficiente tiempo como para que el carguero se encontrase a veinte o treinta millones de millas, acelerando sin cesar hasta que, segundos después, desaparecía definitivamente de los detectores.

Había dado uno de aquellos fantásticos *saltos,* y ahora podía encontrarse en cualquier lugar del Universo, excepto a menos de un *parsec* de sus perseguidores.

¡Tres cruceros del Reino Exterior de Deneb, comandados por el propio Almirante Mayor de la Flota, teniendo como segundo al general Grombes, Jefe del Servicio de Contraespionaje, burlados por un solo hombre que, lógicamente, no podía tener nociones serias sobre estrategia en el espacio!

* * *

La posición de manos detrás de la nuca debía ser la favorita de Jack Talbot, a juzgar por la afición que estaba demostrando a adoptarla. Tan pronto hubieron escapado a la inmediata amenaza de ser cazados como conejos, devolvió los mandos a Dynam. Su característica sonrisa burlona había venido a sustituir al acerado brillo de sus ojos azules, que por unos instantes fue el aspecto dominante de su persona.

-¿Has visto qué fácil? -quien no le estuviera viendo habría tenido la impresión de que se sacudía las manos despectivamente-. Ahora podemos ir a donde tú quieras.

-A ese... Grombes le has hablado de Sirio. ¿No habrás querido significar Sirio III, la capital federal de la Liga Galáctica?

-Exactamente. Y te aseguro que no osará presentarse allí en mi busca... al menos oficialmente.

-¿Por qué estás tan cierto?

Silencio. Jack Talbot tenía la impresión de que, en su euforia, había hablado más de lo conveniente;

Ella interpretó mal esta falta de respuesta.

-Temo haber hecho una tontería al ayudarte a burlar a esa gente. Sin embargo, aún estoy a tiempo de rectificar. En cuanto desembarquemos, te entregaré a las autoridades.

-¿Y no temes que al decirme eso yo te obligue a dirigirte a donde me convenga?

-Inténtalo, si quieres. Dynam tiene ya mis órdenes, y sabes que no te obedecerá.

Durante un buen rato se mantuvieron callados, cada cual absorto en sus propias reflexiones. Mira fue la primera en hablar nuevamente.

-A pesar de que por tu culpa he perdido parte de mi carga, creo que

debo estarte agradecida en cierto modo.

-¿Eh? -Jack no había prestado la suficiente atención a lo que Mira decía-. ¿Por qué dices eso?

-Por sacarte a ti de ese planeta he encontrado uno de los más ricos depósitos de *grabida* que existen. Su recolección en sucesivos viajes me permitirá resarcirme de los gastos que tenga reparando averías.

Esto la llevó a pensar en otra cosa, que las emociones pasadas no le habían permitido recordar.

-¿Cómo fuiste a parar allí? No había ninguna astronave a la vista...

-Llegué montado sobre un aerolito -aseguró él muy seriamente.

-¡Ten la seguridad, Jack Talbot, de que, por menos de nada, sería capaz de matarte! Tenías una emisora sub-espacial y, sin embargo, no la utilizabas más que para emitir una corta señal telegráfica,

-Sí. La hice yo mismo a ratos perdidos.

Tan clara mentirá era esto como lo anterior. Una emisora sub-espacial constaba de elementos tan complicados que era totalmente imposible obtenerlos sin la colaboración de distintas industrias, cada una con enormes elementos de producción.

-Comprendo -se rindió al fin Mira Dekker-. Tienes tus motivos para no querer decir nada. Y, sin embargo, fue una emisora oficial de la Liga la que me ordenó recogerte cuando me encontraba en las cercanías de Bustar.

-¿Y no te dijeron que me llevaras a un lugar determinado?

-No. Ahora voy a comunicar a las autoridades lo que ha ocurrido.

-Está bien. Yo voy a descabezar un sueñecillo. Tantas emociones no le prueban a mi pobre corazón...

La muchacha estableció contacto con el astropuerto en que pensaba hacer su próxima escala. Sin omitir detalle hizo una relación de los acontecimientos, desde que recibiera la orden de recoger un náufrago en el cuarto planeta de Bustar hasta su casi milagrosa escapatoria de unas naves desconocidas que habían alegado ser de la Policía Federal.

-Manténgase a la escucha -le ordenaron-. Vamos a retransmitir su mensaje a la autoridad pertinente. Dentro de unos momentos tendrá la respuesta.

Los momentos se convirtieron en horas. Jack Talbot permanecía inmóvil y, salvo el acompasado movimiento de su pecho al respirar, cualquiera le hubiese creído muerto. Ninguna noticia llegaba.

De improviso brilló una luz roja, de alarma, en el tablero de instrumentos. Mira no quiso entretenerse en identificar por sí misma su significado.

-¿Qué es esa alarma, Dynam?

-El combustible no llega bien al gasificador, señora. Las tuberías están rotas a la altura del compartimento de carga número seis. Existe peligro de

explosión si se llega a mezclar el combustible con la *grabida* en el vacío causado en el compartimento por la rotura del casco.

-¿Qué podemos hacer? -por el rabillo del ojo vio como Jack se incorporaba al oír al robot. No mostraba señal alguna de haber estado durmiendo.

-He cerrado el paso del combustible por el conducto principal. Estoy tratando de efectuar una reparación provisional, aunque no contamos con los elementos necesarios.

-Pero... ¡eso significa que estamos detenidos en el espacio!

-Sí, señora.

Los dos jóvenes cruzaron sus miradas. Cada cual tenía su propia opinión acerca del significado de la nueva situación; pero ambos, cada uno por motivos distintos, coincidían en que era una catástrofe.

-Inmediatamente tendremos encima a la jauría -murmuró Jack-. Saben nuestra situación aproximada.

-Voy a pedir ayuda -dijo Mira alargando el brazo hacia el comunicador sub-espacial.

-¡Espera! No lo hagas aún. Pregúntale a Dynam si podemos dar un *salto* de dos parsecs -Jack había estado ojeando una carta galáctica, tratando de orientarse.

-Pero eso no nos llevaría a ninguna parte -protestó la muchacha-. Mizar está a mucho más de siete años-luz.

-Pregúntale -insistió Jack.

Ella obedeció.

-Sí, señora -fue la respuesta-. Pero quemaríamos el motor principal.

-¡Ya está! ¿Puedes decirme ahora tu idea?

-A dos parsecs está Dobum. Podemos refugiarnos allí.

-¿Y destrozar totalmente el *Galaxy*? Ni lo sueñes.

-¿Y crees que Grombes tendrá algún inconveniente en hacerlo si nos da alcance? Recuerda el poco miramiento que tuvo en Bustar. Di a la Base de Mizar que vamos a detenernos en Dobum y que retransmitan el mensaje como hicieron con el anterior. Bastará para que en unas horas vengan a recogernos.

-Pero dices que Grombes...

-No creo que se atreva a buscarnos allí. Es demasiado peligroso para él.

* * *

Grombes se atrevió.

La estrella enana roja que era Dobum, tenía un solo planeta, lejano, de diámetro aproximado a las tres mil millas, sumido en perpetua oscuridad. Si en algún tiempo tuvo atmósfera gaseosa, ésta habíase congelado, cubriendo todo el planeta con un manto blanco de gases en estado sólido.

Mira, Jack y Dynam, luego de dejar al *Galaxy* en órbita, arribaron a la superficie en la pequeña nave auxiliar. Justo a tiempo. Los detectores de a bordo ya habían señalado la aproximación de dos naves de combate, y Jack no pensaba que pudieran ser las que esperaban.

Ésta era la causa de que hubieran abandonado al *Galaxy*.

-Hay que desprenderse de la nave auxiliar también, Mira. Incluso Dynam nos serviría más de estorbo que de otra cosa.

-Dyman es muy útil y no me separo de él. Controla todo cuanto depende del *Galaxy*, y...

-¡El *Galaxy* dejará de existir antes de pocos minutos! Luego empezarán a buscarnos en la superficie y lo primero que localizarán es a Dynam y la nave. ¿No comprendes que un volumen tan enorme de metal no puede ocultarse a los detectores? Bastante suerte tendremos si logramos ocultarnos nosotros mismos, hasta que lleguen los socorros.

-Está bien. Así se hará.

Dynam recibió orden de reintegrarse a bordo de la navecilla y llevarla a buena distancia de allí. Inmediatamente quedaron solos. El robot era rápido en obedecer y no hacía preguntas.

Mira tenía los ojos arrasados en lágrimas viendo desaparecer en el horizonte a lo último que le quedaba del pocas horas antes flamante *Galaxy*, uno de los más modernos cargueros existentes. Estaba totalmente segura de haber quedado en la ruina.

-¡En qué mala hora fui a recogerte, Jack! ¡Estoy totalmente arruinada!

Talbot se enterneció ante su desesperación y quiso decirle que no todo estaba perdido. Pero se contuvo a tiempo. Aproximándose a la muchacha colocó una clavija al extremo de un largo cable extensible, introduciéndola en un orificio de su traje acorazado; luego repitió la operación en el suyo.

-De ahora en adelante hablaremos por el circuito telefónico para evitar que nos localicen por nuestras emisiones de radio. Abstente de hablar con Dynam, si puedes evitarlo.

Buscaron un lugar donde ocultarse. Era difícil en aquella llanura helada, de un blanco monótono. Finalmente hallaron un hueco entre varios peñascos.

-Si no tenemos la desgracia de que pasen precisamente por encima de nosotros... Entonces estaríamos descubiertos sin remedio.

Esperaron anhelantes. Dynam transmitía todo cuanto iba averiguando por medio de los aparatos del *Galaxy* a su disposición.

-Las dos naves son del mismo tipo que las que encontramos antes... tal vez dos de ellas mismas... Se aproximan rectamente al *Galaxy*... Tratan de establecer contacto radial... ¿respondo, ama? -en vista de que no recibía contestación, prosiguió- Un objeto se desprende de uno de ellos... tratan de abordar el *Galaxy* pero las entradas no ceden... prueban... Han decidido que

les va a ser imposible, porque se apartan, reintegrándose a la nave de donde salieron...

Una pausa más larga que las precedentes. Casi cinco minutos. Sobre el horizonte vieron una vivísima llamarada que se mantuvo largo rato.

-El *Galaxy* ya no existe, Mira. Lo siento -Jack trató de poner una mano sobre el acorazado hombro de la muchacha, que se revolvió como una furia.

-¿Tú, tú lo sientes? ¡Era mío, todo lo que tenía! ¡Mi único medio de vida! ¿Y dices que lo sientes?

-No logro establecer contacto con el *Galaxy*, ama -la monocorde voz del robot les llegaba a través de sus receptores-. ¿Subo por si hubiera alguna avería?

-No le contestes. Para él es lo mismo un *no* que la falta de respuesta -murmuró Jack como si temiera que pudiesen oírle pese a hablar por el teléfono que los comunicaba directamente a ambos.

-¡Sé muy bien lo que he de hacer! ¡Déjame en paz, Jack Talbot!

Se apartó de él lo más posible, como si tratara de desaparecer en el interior del peñasco que tenía a su espalda.

Varias horas transcurrieron así, sin intercambiar palabra alguna. Por las cercanías de donde ellos estaban no había pasado ningún cohete de reconocimiento pese a que Jack estaba seguro de que los hombres de Grombes estarían cribando el planeta en su busca, luego de convencerse de que a bordo del *Galaxy* no había ser viviente. Pero era muy grande la superficie a recorrer aunque los detectores que seguramente estaban utilizando eran de gran potencia.

La voz del general Grombes sonó en sus radioteléfonos, que tenían conectados para la recepción aunque no para la emisión.

-Os tenemos localizados. Salid con las manos en alto y nada os pasará. No tenéis escapatoria.

Instintivamente elevaron la mirada hacia las alturas. No había ser viviente a la vista. Al propio tiempo Dynam comunicaba,

-Un grupo de naves auxiliares nos están rodeando.

Jack Talbot rió en voz alta.

-Déjalos que se diviertan mientras pueden. De un momento a otro vendrán a rescatarnos.

Dynam guardó silencio y tampoco volvió a oírse la voz de Grombes, que seguramente estaría maldiciendo de la astucia de los perseguidos, ocultándose en cualquier parte mientras enviaban como cebo para sus detectores a la nave que los bajara a la superficie.

Pero de pronto pareció que la suerte se inclinaba hacia los cazadores. Un punto de luz apareció sobre el horizonte, comenzó a aproximarse al lugar en que se ocultaban los fugitivos... pasó por encima de ellos, y

cuando ya suspiraban con alivio, regresó. Dos o tres pasadas para asegurarse de que la presa estaba allí y acabó por quedar al pairo sobre sus cabezas.

-He tenido un gran placer en conocerte, Mira. Lamento no haber servido sino para darte disgustos.

-¿Por qué dices eso, Jack? -de sobra sabía que se estaba despidiendo de ella, en la seguridad de que, al menos él, no saldría vivo de allí. Talbot extrajo una pistola de feo aspecto que colgaba a un costado de su traje espacial. La joven le imitó, poniéndose implícitamente de su parte.

Y esperaron.

Una, dos, tres naves más descendieron a su alrededor.

Y nuevamente la voz de Grombes. Triunfal.

-Esta vez no escaparéis. La única posibilidad que os queda de conservar la vida os la ofrezco ahora. Sé que estáis ahí ocultos.

Nadie contestó. Y, para demostrar la certeza de su afirmación, uno de los hombres que comenzaban a extenderse, rodeando a Jack y Mira, hizo un disparo de advertencia, alto.

La granada estalló inofensiva sobre sus cabezas, arrancando un buen trozo de la cúspide de una de las rocas.

-Permite a la joven que salve su vida al menos, Talbot -la voz de Grombes era insinuante, suave, casi amable-. Se le garantizará el regreso con los suyos, sana y salva.

-Lo siento, Grombes -la respuesta de Jack fue tajante-. Ella no saldrá de aquí mientras yo pueda evitarlo. Te conozco demasiado. Ven a por nosotros, si te atreves.

Y comenzó la batalla,

Jack asomó cuidadosamente el cañón de su arma por entre los intersticios de una roca cubierta de hielo. Su disparo alcanzó de lleno a uno que se estaba aproximando peligrosamente, destrozándole el peto de su traje acorazado.

-Ese ya no nos molestará más -y era cierto. Aunque no hubiera sufrido ninguna lesión, el frío y la carencia de atmósfera bastarían para acabar con él en cuestión de segundos.

Aquella baja obró un efecto saludable entre los demás que los acosaban, ya que se dedicaron por unos momentos a disparar desde lejos, tendidos en el suelo para ofrecer el mínimo blanco.

-El tiempo corre a nuestro favor, Mira. En tanto nos queden municiones tenemos esperanzas de salvación.

Grombes debió pensar lo mismo, pues sus hombres se lanzaron de pronto a un desesperado avance. Mira Dekker hizo gala de su puntería derribando a dos de ellos consecutivamente; pero la oleada continuaba pese a que Jack, por su parte, había agregado otros dos a su lista de víctimas.

Aquello era casi tan sencillo como tirar al blanco. Mira rió nerviosamente.

-Temo que me estoy ligando demasiado a ti, Jack. Ahora estamos embarcados en la misma nave.

-Nadie te recriminará por esto, puedes estar segura.

Y continuaron disparando. Nuevamente quedó detenido el avance de los secuaces de Grombes, que únicamente daban muestras de actividad con un intenso fuego graneado que amenazaba con dejarlos sin cobijo a poco que se prolongara. Las rocas volaban pulverizadas por las potentes explosiones de los proyectiles nucleares.

-Allá va Grombes. Seguro que a por refuerzos.

En efecto, las cuatro naves que habían desembarcado a los que los asediaban, levantaron el vuelo casi en vertical, desapareciendo en pocos instantes.

Transcurrieron algunos minutos sin que cesara el fuego. Y de pronto...

-¡Diablos! -rezongó Jack, como sorprendido de que una granada estallase casi en su propia cara, cubriéndole de nieve el cristal frontero del casco. Momentáneamente cegado, pasó unos segundos frotando para aclarar su visión.

Y terminó justo a tiempo.

Apenas hubo recogido su pistola del suelo, donde la dejara para tener las manos libres, tuvo que hacer uso de ella casi a bocajarro para contener a uno de los contrarios, que había aprovechado su momentánea ceguera para lanzarse sobre él. El atrevido asaltante cayó con el casco destrozado de un certero disparo.

Jack oteó en derredor.

Se habían producido cambios en la situación. Un nuevo contingente estaba desembarcando de un cohete llegado mientras Talbot no podía ver. Otro aparato permanecía sobre su cobijo, disparando sin cesar... sobre los hombres que trataban de llegar desesperadamente hasta él y Mira, en un intento suicida de acabar con ellos aunque en el empeño perdieran la vida.

Jack arrojó la pistola al aire y se volvió hacia la muchacha.

-¡Estamos salvados, Mira! ¡Y tendrás un nuevo *Galaxy*! Pero...

-Pero... ¿qué? ¡Estáte quieto, loco! -esto último lo dijo la muchacha porque al pretender tomarla por los brazos para bailar una zarabanda sobre el resbaladizo suelo, Jack no consiguió otra cosa que caer rodando y arrastrarla a ella consigo.

Cuando se dirigían, rodeados de hombres con el emblema, del Ejército de la Liga Federal, hacia el aparato que los llevaría hasta el destructor *Scilla*, Jack le dijo con sorna:

-Te has divertido, ¿eh?

-¿Divertido? -se paró, atravesándole con la mirada-. ¿Divertido le

llamas a haber estado a punto de perder la vida?

Una carcajada del muchacho la dejó aún más perpleja.

-¿De qué te ríes, se puede saber?

-Nunca ha estado tu vida en peligro... ni la mía tampoco.

-Pues aquellos hombres tiraban con proyectiles de verdad...

-Pero no a dar. Les interesaba demasiado cogernos vivos. Por eso me sorprendió desagradablemente el que aquella granada estallara tan cerca de mí. No lo esperaba, la verdad.

CAPÍTULO III

El almirante Rayburn los recibió a bordo del *Scilla*. Pese a que su atildamiento contrastaba con el desaseo de Talbot, daba la impresión de que éste fuese el Presidente en persona; con tal deferencia le trató el estirado militar.

Una vez estuvieron cómodamente instalados y Jack se hubo desposeído de los últimos vestigios de sus días de náufrago espacial, tuvieron una entrevista con Rayburn.

-No tengo idea de quién pueda ser usted, señor... y tengo órdenes precisas de no tratar de averiguarlo. Mis instrucciones son que les lleve inmediatamente a Sirio.

-Perfectamente, almirante. Ese es mi deseo también.

-¡Pero no el mío! -saltó Mira-. Yo, lo que quiero...

-... es un nuevo *Galaxy*, y una indemnización por daños y perjuicios -le cortó Jack-. Lo has dicho tantas veces, querida, que me lo sé de memoria. Sin embargo, creo que tardarás algún tiempo en volver por Bustar para continuar recogiendo tu cosecha de *grabida*.

-¿Por qué dices eso? Tengo perfectamente justificada mi reclamación y...

-No necesitas hacerme el panegírico de la celeridad con que nuestros organismos oficiales atienden estas reclamaciones. Almirante: queda usted personalmente responsable de que la señorita Dekker sea tratada como huésped del Gobierno Federal... y de que rinda viaje sana y salva donde yo.

-Así se hará, señor Talbot -sonrió el militar. Observando las torvas facciones de la muchacha, se sintió en la obligación de disculparse-. Lamento tener que servirle de carcelero o custodio, señorita; pero son las órdenes.

-¿Puedo retirarme? -preguntó ella con voz gélida-. Estoy cansada.

-Es todo un carácter la joven, ¿eh, señor Talbot? -observó Rayburn cuando ella hubo salido.

-¡Tenía que haberla oído usted cuando se enfadaba de verdad! Ahora parece que ya se va acostumbrando...

Ambos hombres rieron la broma de Jack.

-Volviendo a lo nuestro, almirante: ¿Identificó usted a las naves enemigas?

-No, señor Talbot. En realidad apenas pudimos verlas, salvo a través de los detectores de larga distancia. Tres de mis aparatos salieron en su persecución, pero *saltaron* antes de que pudieran alcanzarlas. ¿Tiene usted idea...? -se interrumpió-. ¡Oh, perdone! No debí hacerle esta pregunta.

Jack sonrió.

-De todas formas no se la hubiera contestado. ¿Hicieron prisioneros

entre los hombres que quedaron abajo con nosotros?

-Ninguno. Debían tener órdenes estrictas de dejarse matar en último extremo, porque resistieron hasta el final, pese a que no tenían salvación posible.

-Su actitud recuerda la de los antiguos *thugs*, ¿verdad?

Rayburn no tenía idea de quiénes pudieran ser los *thugs,* y se le quedó mirando en espera de una aclaración. Se quedó con las ganas.

* * *

Mira soltó un silbido de admiración.

-¡Chico! No es que no haya salido de chamizos hasta ahora, pero esto deja con la boca abierta a cualquiera.

Talbot sonrió levemente, reconociendo que la chica tenía razón. A él no le impresionaba el fastuoso despliegue de mármoles polícromos, metales y piedras preciosas que constituían la sede central del Gobierno de la Liga Galáctica, pues estaba acostumbrado a ello hasta el punto de hallarlo perfectamente natural.

-Cuando terminemos, te mostraré lo más interesante. El museo de pintura reúne en microfilm la más completa colección del Universo, abarcando desde los antiquísimos frescos de las tumbas de los faraones egipcios, Apeles, prácticamente todas las obras del llamado Renacimiento y épocas posteriores hasta que la Humanidad salió de la Tierra, desbordándose por toda la Vía Láctea. Ahí encontrarás lo mismo cuadros del Greco que de Shimauri, junto a los hallados en las ruinas de Alfa Cigny, que causan la impresión de estar viendo llenos de vida los seres de aquella raza desaparecida miles de siglos ha.

A cualquiera le hubiesen causado la impresión de prisioneros, a juzgar por la fuerte escolta que los rodeaba, impidiendo disimuladamente que nadie se aproximase a ellos. Mientras charlaban, recorrieron pasillos amplísimos, cuyos techos parecían perderse en las alturas, enormes ascensores los llevaron a miles de metros sobre el nivel del planeta. Finalmente, Jack se detuvo ante una puerta que parecía ridícula en su pequeñez, al lado de las ciclópeas proporciones del resto del edificio.

-Lamento dejar su grata compañía, señores, pero aquí es donde nos separamos. Está prohibida la entrada a personas que no hayan sido expresamente llamadas.

-¿Hemos de esperarle, señor? -preguntó respetuosamente el capitán Drisard, jefe del pelotón de veinte hombres que formaban la guardia de corps.

-Es posible que reaparezca por esta puerta... o que no me vuelvan a ver jamás ninguno de ustedes. Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, no estaría de más que esperasen. Ya recibirán órdenes en uno u otro sentido.

Ambos jóvenes siguieron el estrecho pasillo durante un buen trecho. A derecha e izquierda se abrían innumerables puertas numeradas. De vez en cuando penetraban en alguna de ellas, para encontrarse en un nuevo pasadizo, hasta el extremo que Mira comenzó a marearse. Estaba segura de que, por sí sola, jamás sería capaz de desandar el camino hasta donde esperaba el capitán Drisard.

No obstante, Jack daba muestras de conocerse perfectamente todos los recovecos de aquella madriguera.

Ocasionalmente se cruzaban con una persona, y siempre, sin excepción alguna, desviaban la mirada uno y otros. La consigna a este respecto la aprendió Mira en la primera ocasión, al decirle Jack:

-Esa persona que va en dirección contraria a nosotros no tiene interés en saber quién somos. Imítale. Aquí dentro está totalmente prohibido sentir curiosidad por los demás.

Finalmente, al cabo de lo que a la muchacha le parecieron siglos, llegaron a una pequeña antesala. Una secretaria, sentada a una mesa tras un muro transparente, los recibió.

-¡Jack! -gritó alegremente. Parecían conocerse muy bien-. ¡Creíamos que no ibas a regresar nunca, granuja!

-Ya ves, Mag. No podía faltar estando tú aquí. ¿Está el viejo?

-Esperándote con más entusiasmo que si fueras capaz de reintegrarle su hermosa cabellera -miró significativamente a Mira Dekker-. ¿Pasa también, Jack?

El joven dudó un segundo.

-No. Creo que será mejor que esperes aquí, Mira. Mag te atenderá mejor que lo harían en tu propia casa. Si la necesitáramos para algo, envíala corriendo, Mag.

-De acuerdo, jefe -asintió, levantando la mano en parodia de saludo militar.

Jack cruzó una puerta huérfana de toda inscripción.

-¡Vaya, hombre! Ya tenemos aquí al hijo pródigo -le acogió una voz malhumorada, que prosiguió sardónicamente- ¿Por qué te has molestado en venir? Con una carta bastaba...

El joven sabía que toda aquella agresividad no era sino una tapadera para encubrir un cariño paternal. Ole Davies trataba a sus subordinados con un mimo exagerado, aunque cualquiera que le oyese conversar con ellos habría pensado que sería capaz de despedazarlos con enorme placer.

-¡Hola, viejo gruñón! -con toda desfachatez se sentó sobre la mesa, echando el cuerpo hacia adelante para largar un fingido directo a la mandíbula del otro. Davies, como siempre, trató de esquivar-. ¡Vaya, si gastas una nueva marca de cigarrillos!

Y, con lo que a otro le hubiera parecido extrema desvergüenza, abrió la

caja de encima de la mesa, escogiendo un blanco cilindro que se colocó en los labios.

-¡Al grano! ¿Tendré que pedirte por favor también que me des tu informe?

-¡De acuerdo, hombre, de acuerdo! -dio dos profundas chupadas al cigarrillo y se trasladó a una butaca, dejándose caer sobre ella, como desmadejado-. ¡Uff! Estoy hecho polvo.

-¡Se explica! Desde Deneb hasta aquí has hecho escala en todos los planetas que te han venido al paso... ¡Si no llego a enviar por ti, seguro que llegas listo para la jubilación! ¡Habla ya de una, cáscaras!

-No te sulfures, Ole. Sabes que te perjudica. ¡Y no te impacientes más, que ya te lo cuento!

Pero, antes de empezar su narración, aún se permitió unos gestos burlones.

-Organicé el tinglado como me ordenaste. No fue demasiado difícil, porque en Deneb están hasta la coronilla de ese Grombes, y no tuve sino que elegir a los que más interesaban. Sin embargo, parece que nuestro amigo sospechó algo, tal vez porque alguien se me fue de la lengua. Como no es precisamente tonto, ató cabos y me echó los perros. Tuve que salir más que aprisa, pero me tocaron del ala y tuve que dejarme caer en Bustar, prácticamente en el centro del área de influencia de Deneb. La nave cayó al mar, intencionadamente por mi parte, para evitar que me localizaran, ya que por un mensaje que interferí sabía que sospechaban que yo no había podido salir. Lo demás lo sabes tú mejor que yo.

-Sí. Precisamente porque estabas tan cerca de Deneb era totalmente imposible enviar una expedición de socorro, ya que hubieran sospechado en el acto que íbamos a por ti. Hubo que esperar a que una inofensiva nave comercial pasara por las cercanías...

-Y olvidaste ordenarle que saliera por el camino más corto... Consecuencia: escapé por el grueso de un cabello.

Ole hizo gestos de dignidad ofendida.

-Fue culpa de la emisora... Nosotros...

-Ya lo suponía, viejo -rió Jack-. El Servicio de Seguridad Federal tendrá sus defectos, pero no es tan obtuso como lo supone la mayoría de la gente... gracias a la brillante capacidad de unos pocos de sus hombres. Yo, por ejemplo -terminó, sin un átomo de modestia.

-¡Fanfarrón! -gruñó Ole-. Cuando salgas, díctale a Mag un informe completo, incluyendo la lista de nuestros agentes en Deneb y un esquema de la organización.

Jack movió la cabeza en ademán negativo.

-Nones.

-¿Eh? ¿Te niegas?

-Naturalmente. Ya te he dicho hace un momento que soy un tío inteligentísimo... si es que tú no te habías percatado antes.

-¿Y qué quieres decirme con eso?

-Que deberías conocerme lo bastante para saber que *yo* jamás dejo rastros. Por tanto, ¿cómo supo el amigo Grombes que yo le estaba minando el suelo debajo de los pies? Resuelve el problema.

-No te entiendo, salvo que pretendas insinuar...

-¡Exactamente eso! Vas progresando desde que tratas conmigo. Unos años más y conseguiré hacer alguien de ti.

-¡Pero es imposible, Jack! Sé que tienes tus motivos para decir eso. Que te conste, sin embargo, que a otro le hubiera echado a patadas de aquí.

-No lo dudo. Perú conmigo no lo haces porque sabes que he dado en el clavo. Por tanto, te pasarás sin el informe escrito. Yo me marcho de vacaciones.

-¡Que te lo crees! Tú te quedas aquí a descubrir la fuente de esa infiltración... que seguramente es una fantasía tuya.

-De eso te encargas tú. Yo voy a desaparecer por una temporada... con una rubia imponente.

-¡Seguro que es esa Mira Dekker!

-Acertaste otra vez... ¡Ah! Me han caído simpáticos un par de muchachos... Ya te daré sus nombres para que les concedan licencia ilimitada. Lo que haga con ellos es cosa mía.

Ole Davies se quedó con la boca abierta. Antes de que empezara a formular la pregunta, le había dicho claramente el otro que no sabría nada de este asunto tampoco.

-¡Vámonos, Mira! -al pasar, la tomó del brazo, guiñando simultáneamente un ojo a Mag-. ¡Aquí no se puede estar!

Recorrieron nuevamente el laberinto de pasadizos, y cuando Mira creía que saldrían de un momento a otro al mismo sitio donde esperaba el capitán Drisard, se encontró descendiendo en un ascensor gravitatorio. Nuevos pasadizos y finalmente, por entre dos macizas columnas, salieron casi a la puerta exterior.

-No trates de memorizar el recorrido, Mira. Aunque no has visto a nadie, nosotros éramos vigilados estrechamente. Un intruso sería capturado antes de recorrer los primeros diez metros.

Entraron en un restaurante automático, sentándose a comer en un apartado rincón.

-¿Qué hay de mi *Galaxy*, Jack? ¿Cuándo lo tendré? -al parecer, lo más interesante para la muchacha era el problema de la sustitución de su destruido carguero.

-Tendrás que esperar un poco -Jack puso cara de circunstancias al decirlo-. Parece ser que en los astilleros no tienen terminados modelos...

-¡Mientes, Jack! -lo dijo suavemente. Comenzaba a conocerle y sabía que en una batalla dialéctica llevaría siempre las de perder con él-. A ciegas te podría decir dónde hay millones de aparatos como el mío, esperando que alguien se decida a adquirirlos. De modo que habla claro; ¿qué pasa?

-Corres peligro, Mira. Créeme que lo lamento mucho, pero no voy a tener más remedio que raptarte por una temporada... o lo harán otros.

-¿Raptarme? ¡Eso será si yo te lo permito, amigo! ¿De qué forma pensabas hacerlo?

-Casándome contigo.

Lo dijo seriamente. Ella, que en otra ocasión se hubiera echado a reír instantáneamente, se le quedó mirando con la boca abierta.

-¡Oh! -decidió seguir la broma-. ¡Pero no nos conocemos lo suficiente, señor Talbot! ¿No se arrepentiría usted después? ¡Le advierto que tengo un carácter muy autoritario y...!

-¡Déjate de chanzas, Mira! Te estoy hablando en serio, y te aseguro que corres peligro de verdad. Por lo pronto te voy a hospedar en un hotel, y mañana ya habré pensado algo.

En realidad ya lo tenía pensado, pero necesitaba el resto del día para proveerse de ciertos objetos que le eran imprescindibles para los próximos días.

La muchacha, comprendiendo que ocurría algo serio, que todavía no alcanzaba a comprender, asintió. Su desconfianza por Jack habíase esfumado al percatarse de que, en cierto modo, estaba relacionado con el Gobierno Federal, aunque no tenía sino simples sospechas de la naturaleza real de su misión.

* * *

Jack Talbot penetró en la cabina, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí. El hall del Hotel Zarkos estaba totalmente repleto de personas, al coincidir la hora del almuerzo y la salida de las dos salas cinematográficas que habían en el mismo edificio.

Pulsó el resorte de llamada, pero pese a que la pantalla dejó escapar intermitentes destellos, signo de que sonaba el zumbador en la habitación de Mira, ningún rostro apareció sobre el cristal deslustrado.

-Habrá salido -murmuró, oprimiendo por última vez el pulsador. Saliendo nuevamente al zaguán, decidió que, si la muchacha había de regresar a su aposento, forzosamente pasaría por allí.

Tomó asiento en un rincón, disimulado parcialmente por una palmera enana artificial, entreteniendo el tiempo en escrutar los rostros de todos los que pasaban.

Había unos cuantos individuos que, como él, parecían estar esperando a alguien. Algunos rostros los identificó en el acto, y hasta un par de ellos

consiguieron arrancarle una media sonrisa.

Echó mano al bolsillo, y de su brillante pitillera escarlata emergió el extremo de un cigarrillo; sin desviar la vista un solo segundo de los que entraban y salían, trató de llevarse el blanco cilindro a la boca, pero desistió momentáneamente al reconocer las inconfundibles facciones de alguien a quien no olvidaría fácilmente.

-¡Grombes! -instantáneamente se recuperó, pero tuvo que arrojar el cigarrillo, destrozado por sus dedos en nervioso movimiento.

Adoptando su posición favorita, casi sin preocuparse ya de quienes cruzaban la puerta, a no ser que se tratara de mujeres, en cuyo caso fijaba la atención en ellas por unos instantes hasta cerciorarse de que no se trataba de Mira, Jack se absorbió en la transcendental tarea de dibujar caprichosos arabescos en el aire con el humo de su cigarrillo.

Transcurrieron cerca de dos horas. Centenares de personas habían pasado y repasado ante Jack Talbot, y el suelo á su alrededor estaba materialmente alfombrado de cenizas de tabaco.

Disimulando un bostezo, se levantó, dio unos pasos hacia la puerta, pareció dudar un segundo y regresó, dirigiéndose a los ascensores. Otros dos hombres ocuparon la caja con él.

Jack miró sucesivamente a ambos, levantando una ceja en ademán interrogativo.

-Tercero -respondieron los dos simultáneamente. Talbot sonrió para sus adentros. Él iba al tercero también.

Al abrirse las puertas, el joven se desentendió de sus dos acompañantes, echando a andar rectamente hacia la habitación de Mira. Los otros vacilaron un segundo, como dudosos acerca de su rumbo, y finalmente marcharon codo a codo detrás de él, pugnando ambos por rezagarse.

Talbot esperó a que hubieran desaparecido de su vista; sacó algo de un bolsillo, colocándoselo en la boca con un leve gesto de repugnancia, y empujó decididamente la puerta.

Estaba abierta. Apenas la hubo traspuesto, un brazo musculoso surgió de la oscuridad e inmediatamente sintió en el brazo un ligerísimo dolor como un pinchazo.

El joven se desplomó como herido por un rayo.

-Listo -susurró una voz. Las luces se encendieron. Había dos hombres en la habitación-. Regístrale.

Uno de ellos se inclinó sobre el inmóvil Talbot y diestramente le cacheó. Una pistola, la pitillera y un billetero pasaron a formar montón sobre una mesa.

-¿Por qué tardará tanto Ralph ? Asómate.

El otro obedeció, girando la cabeza rápidamente a un extremo y otro.

-No está. ¿Le esperamos?

-Naturalmente. Es él quien ha de traer la caja y avisarnos de que podemos sacar a éste sin peligro.

-¿No habrán tenido dificultades en sacar a la chica del hotel?

El que parecía dirigir las operaciones rió.

-¡Qué va! A estas horas la tenemos bien empaquetada en la bodega de carga. Y éste le hará compañía dentro de poco rato. Inmediatamente... ¡la del humo! En Deneb se entenderá el jefe con ellos.

-¡Y ahora no le será tan fácil escapar como la otra vez! ¿Tú sabes qué es lo que ha hecho?

-Ni me importa. Yo cobro por actuar, no por hacer preguntas. Además, cuanto menos sepamos, mejor.

Transcurrió un buen rato. Los individuos comenzaron a hablar de banalidades.

Jack decidió que ya había llegado la hora de actuar. Fingiéndose desvanecido no averiguaría nada.

Alargando un brazo, cogió del tobillo al más próximo de sus confiados captores, retorciéndole el pie violentamente. El hombre chilló como una rata y dio una impresionante voltereta hasta chocar de bruces contra el suelo.

Jack se levantó de un salto, arrojándose sobre el que quedaba en pie. Ambos chocaron con fuerza y salieron trompicando.

Durante, un par de segundos se midieron con la mirada y luego se arremetieron, los puños moviéndose como bielas. Jack sintió de pronto cómo una especie de dogal atenazaba su muñeca, y sin poderlo evitar vio lanzado por los aires.

Cayó diestramente, cual consumado judoka, pero no pudo impedir que su espalda chocara contra la puntera del zapato del contrario que derribara segundos antes. No sintió dolor alguno, pero supo que se había hecho daño y que en otras circunstancias allí habría acabado el combate. Así, se levantó dispuesto a terminar rápidamente.

Pero su descuido había proporcionado al otro el segundo que necesitaba. Cuando se incorporaba vio a dos palmos de sus narices el feo cañón de una pistola apuntando directamente a su cara.

-Otra broma como la que te has gastado y te vuelo los sesos.

Jack rió alegremente, como si el fracaso le produjera hilaridad.

-Nos hemos divertido un poco, ¿verdad, Idriss?

-¿Cómo sabes mi nombre? Éste -señalando a su compañero que gemía sentado en el suelo, acariciándose el pie lastimado -no ha pronunciado palabra que pudiera indicártelo.

-Ni tú tampoco. Tranquilízate. Pero hay pocas cosas de vosotros que yo no sepa. Un año en Deneb instruye muchísimo. Ya sabes que de siempre se ha dicho que los viajes ilustran una barbaridad...

-Pues te vas a seguir ilustrando, amigo. Porque hoy mismo regresas a Deneb.

-Eso he oído hace poco.

Tales palabras recordaron algo a Idriss.

-¿Cómo has hecho para eludir los efectos de la droga que te hemos inyectado?

-Secreto profesional, amigo. ¿No sabías que me llaman *Jack el Invulnerable*?

-Me gustaría hacer la prueba... pero no puede ser. El jefe te quiere vivo.

-¡Simpático George! Me tomó cariño la primera vez que nos vimos, y ahora no puede pasar sin mi compañía. El bueno de Grombes es así: capaz de los mayores sacrificios, con tal de verse rodeado de los mejores amigos...

-¡Basta de charla! Vuélvete de espaldas -gruñó el otro, cansado de tanta cháchara-. Voy a atarte.

-Será inútil conmigo. Mi otro apodo es *Houdini*. ¿No has oído hablar de él? Era un... -se interrumpió, mirando hacia la puerta, a la que daba la espalda Idriss-. ¡Adelante, Sam! Ya estamos todos.

Idriss no se confió. Sin volver la cabeza preguntó:

-¿Eres tú, Sam?

-Sí, Idriss.

Algo en su acento le hizo olvidar su desconfianza a los trucos de Jack, porque se volvió a mirarle. Un desconocido le acompañaba, empuñando en la mano derecha una pistola semejante a la suya propia.

Trató de tomar puntería contra el intruso, pero Jack se había lanzado hacia adelante y el canto de su mano le golpeó violentamente en la nuca. Un crujido siniestro y el arma cayó al suelo.

Al propio tiempo el acompañante de Sam hacía funcionar la suya. El individuo del pie dislocado chilló asustado al ver cómo la pistola que acababa de extraer de la funda sobaquera, se esfumaba de entre sus dedos, abrasados por el proyectil térmico que la había fundido.

Jack se inclinó, tomando la pistola de Idriss. Luego recuperó sus propias pertenencias de donde las habían dejado los que creyeron haberle hecho prisionero.

-Ahora hablemos claro, muchachos. Necesito una rápida contestación a algunas preguntas. Sabéis que, con tiempo, podría obtener de vosotros lo que quisiera, pero no puedo entretenerme. Así que escoged: o hablar claro y prestamente o sufrir algunas desagradables averías en el físico.

Idriss se humedeció los labios, paseó una mirada de tigre acorralado, fijóse especialmente en la puerta, ahora cerrada desde dentro. Finalmente clavó los ojos en su dos compinches.

Se irguió cual un general que se dispone a dar la orden de ataque a su

tropas.

-Ya sabéis lo que hay que hacer, muchachos. Suerte.

Sam y el otro palidecieron intensamente. Sus gargantas subieron y bajaron como si tuvieran dificultad en tragar saliva.

-¡Cuidado, Bud! -gritó Jack, abalanzándose sobre Idriss. Su mano se cerró sobre la garganta del denebiano, ejerciendo una fuerte presión. Le obligó violentamente a abrir la boca y sus dedos rebuscaron en el interior. Finalmente le soltó con un gesto de disgusto.

Idriss rodó por tierra; su rostro adquirió rápidamente un tinte violáceo.

Bud se incorporó de junto a Sam. Sus ojos se clavaron en el del pie dislocado.

-Todos muertos, Jack. Han sido más rápidos que nosotros.

Jack se encogió de hombros con resignación. Sus labios esbozaron una sonrisa.

-¿Qué le vamos a hacer? Costará un poco más, pero a mí me gustan las cosas complicadas.

CAPÍTULO IV

Poderosos tractores remolcaron al *Antares* hasta el colosal hangar de pasajeros, dejando la pista de aterrizaje libre para que pudiera tomar tierra la astronave correo procedente de Pólux V.

Dos tripulantes bajaron a ayudar en la colocación de la rampa de descenso, y luego se quedaron acodados sobre unas cajas, viendo cómo de la monumental panza del *Antares* comenzaba a salir la heterogénea colección de tipos que habían traído hasta allí.

-Ese gordo es el rigeliano que te decía ayer. ¡No ha habido forma, en todo el viaje, de conseguir que comiera con los demás pasajeros! ¡Me ha dado más trabajo que...! -se interrumpió, señalando a otro, un joven alto, rubio, con aires de deportista-. ¡Ahí va ese presumido de Van Torkas! Dice que en su planeta natal, no-sé-cómo-diablos-se-llama, es campeón de un juego muy raro -se rascó la cabeza.

El otro, con el mono cubierto de grasa cual correspondía al mecánico que era, rió sonoramente.

-¡Pues sí que sabes gran cosa de él! -irguió su elevada estatura-. Me voy.

-¿A dónde? -preguntó el camarero-. Dijiste que no has estado nunca en Deneb...

-Por eso mismo. No quiero marcharme y tener que seguir diciéndolo.

Regresó al interior de la nave por una pequeña portilla de servicio. Minutos después, con ropa limpia y habiéndose dado una rápida ducha detergente, se despedía del camarero con un ademán.

La oficina de comprobación de documentos actuaba con extremada meticulosidad a juzgar por el tiempo que transcurría desde que un pasajero penetraba por la estrecha puerta hasta que se permitía el acceso al siguiente. Jub Anson, el maquinista, guardó turno detrás de los que le precedían, entreteniéndose en ojear curiosamente un pequeño aparato que sacó de una caja colgada de su cuello.

-¡Eh, usted! -llamó una voz al cabo de un rato-. ¿No quiere salir del astropuerto?

-¿Ah? ¡Oh, perdón! -ligeramente azarado, el mocetón guardó el aparatito, trasponiendo la puerta-. Me había distraído con esto.

Su risa era contagiosa, y el empleado alargó la mano hacia el estuche, sonriendo amistosamente.

-¿Qué es?

-Una máquina fotográfica de nuevo modelo -Jub se descolgó la correa, ofreciendo la caja al funcionario-. Aquí está el objetivo. Esta cinta -oprimió un pequeño resorte, abriendo la máquina- tiene capacidad para cien mil fotografías. Ahí está la banda sonora. Y estas pequeñas baterías tienen la

suficiente potencia como para permitir la proyección, en caso de quererlo así.

Mientras el otro examinaba con curiosidad, no exenta de cierta codicia, el diminuto juguete, Jub rebuscaba en sus bolsillos hasta colocar, perfectamente alineados sobre la mesa, su tarjeta de identidad, el pasaporte y la cartilla profesional. El hombre depositó al lado de ellos la cajita, y procedió a revisarlos someramente.

-Pasa aquí un momento, por favor.

Jub penetró en un cubículo lateral que apenas permitía su estancia en pie. Acostumbrado a estas ceremonias, colocó las manos en unos orificios de la pared, pegando la espalda al muro opuesto. Un casco metálico se adaptó a su cabeza. Segundos después se encendió una luz verde y supo que había terminado.

El agente de inmigración le tendió los documentos y el estuche.

-Perfecto, muchacho. ¿Vas a estar muchos días por aquí?

-Saldremos pasado mañana, creo. Pero yo volveré esta noche. No me gusta pernoctar fuera de la nave. Solamente quiero conocer esto un poco.

Salió del edificio y del astropuerto. Afuera esperaban distintos medios de locomoción, pero Jub prefirió tomar el *tubo* hasta la ciudad, distante unas veinte millas. Descendió unas escaleras, al final de las cuales depositó una moneda en una ranura, obteniendo el ticket correspondiente. Unos pasos más adelante se abrió una estrecha compuerta y, al penetrar por ella, se encontró en una especie de proyectil con dos asientos.

El ticket fue a parar a una nueva hendidura e inmediatamente la luz azul que brillaba en el techo cambió a roja. Estaba en marcha, impulsado por el aire comprimido que llenaba el túnel, aunque el empuje quedaba tan bien compensado con los amortiguadores que él apenas sentía sensación alguna de movimiento. Minutos más tarde volvía a encenderse la bombilla azul.

Había llegado a su destino.

Ascendió unas escaleras muy semejantes a las que bajara poco antes, encontrándose en medio de un parque de regulares dimensiones. Como un desocupado más de los que transitaban por allí, caminó en una dirección determinada. Aquí y allá se detenía a curiosear algún monumento, matorral o panorama que llamara su atención, enfocando de vez en cuando su máquina fotográfica.

Insensiblemente salió del parque y siguió su paseo por una larguísima avenida. En un momento determinado se acercó a un transeúnte.

-Perdone, señor. Acabo de llegar y no conozco la ciudad. ¿Podría decirme de algún lugar donde pueda comerse bien?

-¡Pues claro! -sonrió el otro amablemente-. ¿Desea simplemente un restaurante en que le cobren lo que consuma, o prefiere gastar sin preocupaciones?

-Depende de lo que usted entienda por *gastar sin preocupaciones* -devolvió la sonrisa-. Hagamos una cosa: ¿por qué no me indica las dos especialidades?

-Con mucho gusto lo haré. Casualmente están casi pared en medio: el más sencillo, llamado *Starlet*, y el *Milky Way*, donde, a poco que se descuide, se encontrará con que el dinero que usted lleva no es suficiente. Le acompaño, puesto que voy en la misma dirección.

-Muy agradecido, señor. Mi nombre es Jub Anson.

-El mío es Dan Stolz. Me alegro de conocerle.

Un apretón de manos y ambos continuaron juntos la marcha. Poco después Stolz señalaba hacia un espeso bosquecillo.

-Ese sendero entre los árboles conduce al *Milky Way*. A cincuenta yardas de aquí, en aquella dirección, está el *Starlet*.

-Pero, ¿cómo se les ha ocurrido ocultarse detrás del bosque?

-¡Oh! Está ahí mismo. Los árboles están plantados muy juntos para dar la sensación de espesura, pero apenas hay veinte yardas de ellos. Bien, escoja. Yo sigo mi camino.

Jub lo pensó unos momentos.

-¿Por qué no me acompaña al *Milky Way*? Tomaremos una copa y, si me convence la cosa, me quedo. Caso contrario probaré suerte en el *Starlet*.

-De acuerdo.

Uno al lado del otro, se introdujeron en el caminillo, pasando por unos momentos a una semipenumbra causada por el espesor de la arboleda que formaba un muro a ambos lados. Casi sin transición se encontraron en el suntuoso *hall* del *Milky Way*.

-¡Diablos! -murmuró Jub, sorprendido-. Si, en lugar de acertar a la puerta, nos damos contra una pared, nos habríamos enterado al recibir el coscorrón.

-No es fácil que eso ocurra. El salirse del camino involuntariamente, tropezaría con ciertas dificultades.

-Desde luego, es verdad -convino Jub-. ¡Los troncos de los árboles casi se tocan!

Stolz le tomó amistosamente del brazo, yendo ambos a sentarse en una pequeña mesa abocada a un amplio ventanal que miraba directamente sobre el mar.

-¡Oiga! -Jub iba de sorpresa en sorpresa-. Si mi sentido de la orientación no falla, debíamos estar mirando hacia la arboleda. ¿Cómo, pues, se explica toda esa agua?

-Secreto de la casa. Aunque yo creo que es una simple ilusión mecánica y que el mar está a muchas millas de aquí. Porque, efectivamente, eso debieran ser árboles. Además, que alrededor del edificio no hay más agua que algunos riachuelos sin importancia.

-Muy bien conseguido, sí señor -Jub estaba admirado-. Solamente he visto cosa igual en Sabir, un pequeño planeta de una estrella vecina de Aldebarán... Pero no hemos venido aquí a charlar de mis viajes. ¿Cómo podemos pedir que nos sirvan?

-¡Ah! Eso es otro misterio del *Milky Way*, Simplemente oprima este pulsador y pida lo que desee.

-...lo cual crea otro problema. No conozco los nombres de las bebidas locales.

-Eso no tiene importancia. El *Milky Way* tiene el orgullo de poder satisfacer cualquier demanda. Pida algo que conozca usted.

Jub se le quedó mirando con incredulidad. Luego se echó a reír ruidosamente.

-¡Cualquiera diría que está usted haciendo la propaganda al local, amigo Stolz! -le propinó un sonoro tantarantán en la espalda, que casi dejó a Stolz pegado contra la mesa-. Vamos a probar. ¿Conoce usted el *devil's bowels*? Es la bebida nacional del Bajo Kassar.

Stolz negó con la cabeza.

-No. Pero a juzgar por su nombre debe ser algo terrible. ¡Entrañas del diablo! Pruebe. Quizá tengamos la suerte de pillar desprevenido al *maitre*.

Pero no. Segundos después tenían sobre la mesa, sin que hubieran podido percatarse de cómo llegaba hasta allí, un lujoso frasco de cristal genuino, con una antediluviana etiqueta de papel representando a un fiero demonio. Dos pequeños vasos aparecieron junto a la botella, y pronto los hizo servir Jub para su objeto.

Stolz olisqueó recelosamente su receptáculo, mientras Jub hacía funcionar por enésima vez su maquinita fotográfica. Luego sorbió con precauciones, reflejando una profunda sorpresa.

-¡Pero si esto es suavísimo! No parece tener alcohol en absoluto...

Jub se limitó a sonreír, y de golpe yació su vaso. Encendió seguidamente un cigarrillo y se reclinó en su asiento. Stolz, práctico bebedor, sabiendo que ciertos licores resultan menos peligrosos bebidos rápidamente, se echó el suyo al coleto. Jub le ofreció su pitillera.

Fumaron en silencio durante un rato y la botella comenzó a bajar de nivel alarmantemente, aunque casi todo el gasto corrió de cuenta del tripulante del *Antares*. De pronto Stolz hizo una mueca extraña, al tiempo que palidecía ligeramente.

-¡*Devil's bowels* comienza a morder! -observó Jub. El también se retorcía, aunque en sus facciones no se dibujaba gesto alguno-. El truco de esta bebida consiste en mantenerse impasible aunque a uno se le estén quemando los intestinos. Yo nunca he podido lograrlo.

Poco a poco iban perdiendo ambos el color. Stolz no se recataba en dibujar gestos de toda especie, llevándose las manos al abdomen y

boqueando como si quisiera refrescar su interior en llamas. Jub, más veterano, resistía mucho mejor.

Finalmente no pudo más. Llevaba en el cuerpo tres veces más explosivo que el denebiano. Se inclinó hacia adelante, y en un susurro preguntó:

-¿Dónde está....eso? Se me va la cabeza...

Stolz no tuvo fuerzas para responderle. Desmayadamente señaló con el índice hacia un corto pasillo. Jub se levantó, tomó un último trago directamente de la botella y salió todo lo aprisa que le permitían sus temblorosas piernas, tan inclinado que estuvo en un tris que no se le cayera al suelo su adorada máquina fotográfica.

Estuvo un buen rato ausente, y el denebiano, mientras, sintió que poco a poco se le iban pasando los terribles efectos del brebaje. Por fin Jub se reincorporó a la mesa. Llevaba el pelo mojado como si hubiera metido la cabeza dentro del agua.

-¡Uf! -se desplomó. Maquinalmente encendió otro cigarrillo-. Lo mejor para contrarrestar los efectos del *devil's bowels* es otro trago de *devil's bowels*.

Y desvergonzadamente aplicó sus labios al gollete, sin preocuparse de la severa mirada que le dirigía un joven atildado que se sentaba, solo, a una mesa cercana.

-¡Caramba! -murmuró el mecánico, fijándose en el joven-. ¡Si es mi buen amigo Van Torkas!

Hizo ademán de levantarse, pero sus fuerzas no se lo permitieron. El otro volvió la cabeza despectivamente, frunciendo los labios con asco.

Stolz, si bien profundamente decaído, no perdía por completo el sentido de las formas. Con voz tan estropajosa como la de su compañero, se inclinó a su oído:

-¡Vamonos, Jubi! Yo pagaré.

-¡No lo consiento! ¡Que no, señor! -torpemente hacía ademán de rebuscar en sus bolsillos. Finalmente extrajo una moneda y la dejó sobre la mesa-. ¡Pues no faltaba más!

Sólo entonces se dejó arrastrar hacia la salida. Cuando pasaban por delante del fornido Van Torkas se desasió de las manos de Stolz, quedando en precario equilibrio, con los ojos entornados para concentrar la mirada en el deportista, erguido con dignidad de beodo.

-¡Hasta la vista, campeón de no-sé-qué, del torneo de no-sé-dónde!

Y rió a mandíbula batiente lo que él consideraba graciosísimo chiste. Torkas pareció a punto de precipitarse sobre él, pero una seña de Stolz, pidiendo comprensión para el estado de Jub, le contuvo.

Stolz cruzo una indiferente mirada con otro individuo que se aburría soberanamente en otra mesa, y que parecía haber despertado ligeramente

ante el lance.

El oficial de inmigración acogió amablemente al desmadejado Jub.

-¡Caramba, amigo! ¡Si que te has cansado pronto de visitar Deneb!

-¡No tiene nada de particular este asqueroso planeta! ¡Bares, cabarets, restaurantes! ¡A cualquier cosa le llaman un centro de diversión! ¡Ni siquiera las bebidas son buenas!

Stolz le dejó en manos del otro, quien tuvo que requerir la ayuda de otros tripulantes del *Antares* para trasladarle hasta su alojamiento.

* * *

-Los agentes Lockes, Stolz y Burton esperan, señor.

George Grombes, sentado ante una monumental mesa semicircular, que ocupaba la mayor parte del enorme recinto, dirigió una mirada en derredor. A uno y otro lado tenía a los componentes de su estado mayor, pendientes de sus palabras.

-Caballeros: creo que podemos suspender de momento nuestro trabajo para enfrentarnos a una inesperada emergencia. Es asunto grave y, en mi opinión, no admite espera.

Incondicionales y rendidos admiradores de Grombes todos ellos, ni una sola voz se alzó en contra de la proposición.

-Hazles pasar, Bert.

Tres hombres desfilaron hasta el centro de la estancia, quedando de pie ante los que se sentaban en la mesa.

-Procederemos según el orden en que se produjeron los acontecimientos -manifestó sin preámbulo alguno Grombes-. Por tanto puede usted empezar, señor Lockes.

El hombre se aclaró la garganta, paseando una temerosa mirada por los inescrutables rostros fijos en él.

-Presto servicio en el astropuerto número 2, como agente de inmigración, señor. Hace dos días atracó el *Antares*, matrícula de Sirio, trayendo carga general y pasaje. La lista de pasajeros está aquí -dejó un papel sobre la mesa-. Según se indica, los de la derecha rindieron viaje en Deneb, el resto han continuado. Al dorso figuran los que iniciaron jornada aquí mismo:

»Varios tripulantes desembarcaron también. Entre ellos figuraba un tal Jub Anson; me fijé especialmente en él porque llevaba una máquina fotográfica de nuevo modelo, desconocido para mí. Como a todos los desembarcados, se le asignó un agente que debía seguirle hasta su regreso, comprobando todos sus actos; este agente para el señor Anson fue el señor Dan Stolz, aquí a mi lado.

»Pocas horas después, el señor Stolz regresó acompañando a Anson, quien venía sumamente alcoholizado, parece ser que por haber ingerido una

extraordinaria cantidad de un licor llamado *entrañas de diablo*. Tuve que requerir la ayuda de varios tripulantes del *Antares* para que le llevaran a bordo, ya que por sí solo era incapaz de tenerse en pie. Me fijé especialmente en que la máquina fotográfica estaba aún en su poder.

Se hizo un corto silencio, interrumpido por la metálica voz de Grombes.

-¿Alguna pregunta, señores? ¿Alguna aclaración? -en vista de que nadie parecía tener interés en saber nada más, prosiguió- Señor Stolz.

-El señor Anson -comenzó Stolz rápidamente, como deseoso de acabar cuanto antes- embarcó en el *tubo*. Yo, previa comprobación de su destino, me adelanté en mi velo-móvil particular, haciéndome el encontradizo con él; me facilitó la labor al dirigirse directamente a mí en demanda de información sobre un lugar donde pudiera comer y pasarlo bien al propio tiempo, según creí deducir. Le indiqué dos de ellos, los mejores cada cual en su género, brindándome a acompañarle al objeto de no hacerme sospechoso si se daba cuenta de que le seguía aún después de separarnos. En el *Milky Way* me invitó a tomar una copa. No pude rehusar y además tomé la precaución de probar el licor, comprobando que parecía totalmente inofensivo.

»No obstante, parece ser que su efecto era retardado, y al poco rato comencé a sentirme mal, aunque en ningún momento llegué a perder la conciencia de lo que ocurría a mi alrededor. Anson había bebido mucho más que yo y se sintió acometido de náuseas. Le indiqué el lavabo, y si bien mis fuerzas no me permitieron acompañarle, no perdí de vista ni un solo instante la única salida. Al cabo de un rato volvió Anson; yo me encontraba mucho mejor y él, si bien totalmente beodo, no parecía sentir los agudos dolores que se sienten al principio de haber probado el tal licor. Reconoció en una mesa cercana a uno, al parecer pasajero del *Antares*, un tal Van Torkas, que por cierta pulla que Anson le dirigió, y por su aspecto personal, creí entender sería un deportista activo. El compañero Burton estuvo presente casi todo el tiempo, sentado a otra mesa. Regresamos al astropuerto y le confié al señor Lockes, quien, como ha dicho, le reintegró al *Antares*.

Nueva pausa. Esta vez Grombes no se molestó en preguntar.

-Señor Burton. Informe.

-Se me asignó en el astropuerto la tarea de seguir a un pasajero del *Antares*, el señor Van Torkas. Recorrimos diversos lugares de la ciudad, tales como... -un gesto negativo de Grombes le hizo desistir-. Bien..., hasta llegar al *Milky Way*. Aunque de momento no me fijé en ellos, allí estaban el señor Anson y el compañero Stolz. Lo primero que observé en ellos fue que Anson bebía directamente de la botella con manifiesta falta de educación, y seguidamente se dirigía tambaleándose al lavabo donde permaneció algunos minutos hasta que el señor Torkas le imitó, si bien

saliendo a los pocos segundos. El señor Anson aún tardó... calculo que unos veinte o veinticinco minutos después de la salida de Torkas, e inmediatamente salió con el compañero Stolz; entonces se produjo el incidente con Torkas, aunque no ocurrió nada grave. Luego Torkas continuó recorriendo la ciudad, y por fin tomó alojamiento en una quinta que al parecer tenía reservada desde hace algún tiempo. Nada más, señor.

-Está bien. ¿Qué opinan ustedes de lo que acaban de oír, caballeros?

Silencio. Todos cruzaban entre sí confusas miradas como preguntándose qué era lo que debían ver. Grombes, con una sonrisa sardónica, parecía burlarse de ellos.

-Creo haber manifestado muchas veces que solamente quiero a mi alrededor personas sagaces, aptas cien por ciento, y fieles hasta aceptar la muerte sin vacilación alguna. Es el único medio de que triunfe nuestra sagrada causa, en contraposición con las potentísimas fuerzas que se alzan a nuestro alrededor por todo el Universo, tratando de ahogarnos -ya les veía avergonzados, autoculpándose de ineptos, y decidió que un poco de aliento no les vendría mal-. Señor Lockes: a previa petición mía ha omitido usted un pequeño detalle...

-Sí, señor, así es. Se trata de que, al comprobar las características personales del tripulante Anson con las de sus documentos, éstas se correspondían perfectamente; no las cotejé con el archivo por un imperdonable error mío al suponer que un tripulante que iba a regresar al cabo de unas horas, sometido además a vigilancia, no podía ser peligroso. Sin embargo me he apresurado a dar la alarma al comprobar que todos los datos de Anson se corresponden exactamente con los de un tal Jack Talbot. Solamente las facciones difieren... y da la casualidad que este detalle cuadra a la perfección con el rostro de Van Torkas.

-¿Comprenden ahora, señores? -preguntó Grombes secamente.

-Pero... -vaciló uno de ellos, arrepintiéndose, en el acto de haber tomado la palabra -si ese Anson, alias Talbot, reembarcó en el *Antares*...

La mano de Grombes se cerró con fuerza sobre un pesado pisapapeles, conteniendo a duras penas la tentación de arrojárselo a la cabeza a aquel cretino.

-Mi querido amigo... -murmuró con reptilesca suavidad-. No es sana la excesiva confianza. ¿Qué motivos cree usted puede haber tenido ese hombre, viniendo aquí con riesgo de que le descubriéramos, para marcharse seguidamente sin haber tomado contacto con persona alguna?

-Pudo darle instrucciones a ese Torkas en el lavabo... -se debatió el otro sin ninguna energía.

-...¿Cuando tuvo todo el viaje a bordo del *Antares* para hacerlo? Ni soñarlo. Jub Anson era Jack Talbot; en el lavabo permutó su personalidad con la de Van Torkas, y éste fue quien se hizo acompañar de regreso por el

señor Stolz, mientras Talbot quedaba a cargo de Burton. Sabía que es imposible desembarcar en Deneb sin pasar por la celda de identificación, y ha recurrido al único medio, peligroso ¿qué duda cabe? pero factible, de introducirse nuevamente entre nosotros. La única duda que pueda quedarles la voy a disolver en un segundo: se trata de la diferencia de rostros, pero ¿hay alguien que ignore la existencia de unas magníficas máscaras de plástico, capaces de resistir hasta un examen microscópico? En cuanto a la imposibilidad de tomar media botella de licor sin provocar un estado de embriaguez rayano con el *delirium tremens*, sabemos todos que hay ciertas drogas que anulan el alcohol... y que pueden administrarse, por ejemplo, en un cigarrillo...

-¡Cierto! -gritó Stolz sin poderse contener-. Anson fumaba incesantemente...

-Luego... ¿cabe ya alguna duda, amigos míos?

El varapalo surtió su efecto. Todos, excepto el propio Grombes, más boyante que nunca, estaban aturdidos, aniquilados por su impericia demostrada, unos en el cumplimiento de sus deberes de vigilancia, los otros entonando el *mea culpa* por la absoluta nulidad de sus cerebros.

Sólo Bert, el fanático guardia personal de Grombes, hinchaba orgullosamente el pecho, cual si el éxito de Grombes fuera obra personal suya.

¿Habría fuerza en el orbe capaz de resistir el arrollador avance de las ensoberbecidas juventudes denebianas, conscientes de su altísimo destino de rectores del Universo? ¡Jamás, mientras a su cabeza figurara el genio, el Profeta, el Mesías de la resurrección del fabuloso Genghis Khan, que, llegado el día, estaría con ellos para dirigirlos y guiarles hacia la victoria...

CAPÍTULO V

Pocas horas después, en lugar bien distinto, se celebraba otra reunión. Los contertulios tampoco eran los mismos, y no parecían tan poco seguros de sí mismos como aquéllos, si bien no podía negárseles cierto aspecto intranquilo, aunque por otras causas.

-Está tardando ya, ¿no crees, Morris? -murmuró Otto Sloane.

Su compañero asintió:

-En efecto, pero no creo que eso deba preocuparnos demasiado, Otto. Caraffa también tarda y no piensas que pueda haberle ocurrido algo.

El otro se le quedó mirando con admiración.

-Morris Beaver: quisiera tener tu tranquilidad. Tienes razón, pero pese a todo...

Una luz ambarina titiló en la semipenumbra en que se encontraban para verla mejor; brilló tres veces seguidas en rápida sucesión y luego produjo un destello más largo antes de quedar extinguida. Los dos hombres emitieron una exclamación de placer.

-¡Ya está aquí! -Otto Sloane oprimió un resorte que tenía junto a sí, lo que hizo que se iluminara una pequeña pantalla televisora, mostrando un estrecho pasaje brillantemente iluminado. En el extremo se alzaba la elevada silueta de Jack Talbot.

Sloane pulsó un nuevo interruptor y una cortina de acero cayó detrás de Talbot, abriéndose al cabo de unos segundos la puerta que comunicaba con la habitación en que esperaban.

-¡Muchacho! -Beaver se levantó para correr al encuentro del joven recién llegado-. ¡Has cometido una verdadera locura en volver por aquí!

Se abrazaron durante unos momentos, palmeándose cariñosamente las espaldas.

-No tenía más remedio, Morris, Sé que vosotros solos podéis manejar perfectamente las cosas, pero no hubiera estado tranquilo sin tener ocasión de echaros una mano. Además, he traído conmigo unos muchachos.

-¿Para qué? ¿No son buenos los de aquí? -Otto hablaba en tono ligeramente ofendido.

-No es eso, Otto. Pero, luego de lo ocurrido, los únicos en que puedo tener confianza sois vosotros tres... Por cierto, ¿no ha llegado Wifred aún? -ante el gesto negativo de Morris, prosiguió-: Bien, ya llegará. Pues, como os decía, tengo la impresión de que hay traidores en nuestras filas, y por ello mis hombres realizarán las tareas que puedan poner en peligro vuestra seguridad personal caso de saberse por el enemigo. Además son prácticos en estos asuntos, profesionales, y nos servirán de mucho.

Nuevamente sonó la señal, y segundos después se les reunía Wifred Caraffa.

-Ya estamos todos -Jack tomó la dirección, pese a ser el más joven-. ¿Hay novedades de interés?

-No... salvo que puedas llamar novedad al hecho de que nuestra organización sigue ampliándose y escalando algunos puestos base. No hemos podido derrocar a ningún secuaz de Grombes, que sepamos, pero dentro de poco va a ser imposible adelantar posiciones sin entrar en pugna abierta con él.

-¿Qué dice el Rey? -se denominaba rey al jefe de estado electivo de Deneb, aunque sus funciones eran temporales y no vitalicias, y no tenía atribuciones superiores a las del Presidente de cualquier otra Asociación estelar.

-Nada. Grombes le tiene poco menos que hipnotizado y no hay forma de que vea el peligro. Además de que no es fácil explicarle las circunstancias, ya que inmediatamente acude en consulta a Grombes, con el consiguiente peligro de que éste sospeche.

-¿Y tú, Wifred? No has dicho palabra desde que has llegado.

-Poco nuevo, salvo algo que tú ya supones: Grombes sabe que estás en Deneb bajo el nombre de Van Torkas, y ha organizado tu caza. Sin embargo parece que no pretende capturarte de momento sino sólo darte cuerda para qué le guíes al resto de tus cómplices. Caso de fracasar en esto, procurará sacártelo por métodos más radicales.

-Era de suponer. Van Torkas ha muerto en este instante. Por otro lado es preciso que organicemos hoy mismo nuestros planes, pues podría resultar peligroso el que prodigáramos estas reuniones. ¿Veis algún inconveniente en que comencemos las hostilidades?

-Un poco pronto, creo yo -observó Sloane-. Sin embargo, también lo es para Grombes, y en eso puede estar nuestra ventaja. No está lo suficiente afianzado aún.

-Entonces, de acuerdo. Wifred, ¿sabes algo de Mira Dekker. la muchacha que Grombes secuestró en Sirio?

-Directamente, no sé nada. Sin embargo he oído rumores de que hay alguien muy importante en las celdas de la jefatura de contraespionaje. Y en Deneb no se ha echado de menos a persona alguna que pudiera considerarse de *importancia* para Grombes.

-Yo me encargo de ella. Vosotros no tenéis sino que ir dando las órdenes oportunas para que el plan marche.

Pocos momentos después íbanse cada cual por su lado.

* * *

Jack cambió de opinión en cuanto a la *muerte* de Van Torkas. Recapacitando sobre lo dicho por Caraffa, pensó que, puesto que no corría inmediato peligro de captura, podía divertirse un poco... y tal vez obtener

alguna ventaja.

Así, pues, regresó al cinematógrafo donde despistara a su *sombra*, quien todavía le creía allí, y salió ostensiblemente.

Primero le interesaba identificarle.

Comenzó a deambular, sin rumbo fijo en apariencia, y se fue internando en la parte de la ciudad compuesta de callejas sinuosas. De vez en cuando torcía bruscamente una esquina, apelando a otros trucos similares sin demasiado éxito, puesto que nunca le fue dado ver al clásico hombre que corría presuroso por miedo a perder su rastro.

Al cabo de dos horas, ya de regreso en los barrios residenciales, estaba convencido de que no se trataba de un hombre solo, sino de un mínimo de cinco los que tenía detrás de sus talones.

Sin embargo había podido averiguar una cosa: Jamás habían dos de sus perseguidores que se vieran entre sí, y además creía tenerlos perfectamente identificados.

Audazmente dio media vuelta cuando menos se esperaba, y se encaró con un joven que parecía absorto en la contemplación de un lujoso velo-móvil, aparcado en una desierta calle transversal.

-Hermoso modelo, ¿eh? -comentó en tono despreocupado.

El otro sufrió un visible sobresalto, pero se limitó a asentir con la cabeza.

-¿Es usted aficionado a los velo-móviles?

El muchacho debió comprender que se haría sospechoso si continuaba en silencio. Tímidamente contestó:

-Sí, señor. Pero el mío no es tan bueno como ése.

-¿Lo tiene usted aquí cerca?

-En efecto. Es aquel de allá -y señalaba a un coche pequeño situado a unas cien yardas.

Jack Talbot, percatado de que no había nadie en las cercanías, sacó su diminuta pistola.

-Le invito a un paseo. Así podrá comprobar las fantásticas velocidades que es capaz de alcanzar este cacharro.

Pálido como un muerto, el joven obedeció. Abrió la boca para decir algo, pero un imperativo gesto de Talbot le hizo guardar silencio.

El coche se puso en marcha, elevándose hasta la altura reglamentaria. Jack colocó el piloto automático en funcionamiento y se dedicó a su prisionero.

Su mano izquierda se movió con la seguridad propia de quien sabe perfectamente lo que busca. Una pistola algo mayor que la suya y un estuche cuadrado, del tamaño de un paquete de cigarrillos, pasaron a su poder. Jack oprimió un resorte en la caja de plástico.

-Ahora podemos hablar tranquilamente, amiguito. ¿Quién te ha

ordenado que me siguieras?

-¡Esto es un atropello! -chilló indignado el otro-. ¡Daré parte a las autoridades de este incalificable asalto!

-Por mí puedes hacer lo que quieras. De paso dale recuerdos a tu querido jefe Grom... ¡quieto!

Como hiciera en el hotel de Sirio, se abalanzó rápidamente sobre el muchacho, abriéndole la boca a la fuerza. Una pequeña cápsula blanca, pasó a su mano.

-¡Vaya! Esta vez he tenido suerte. Una cápsula de veneno disimulada bajo la forma de una muela suplementaria... ¿Cómo te llamas?

Silencio. El muchacho estaba decidido a dejarse matar antes que pronunciar palabra. Era su única defensa ahora que había permitido que le deshonrase este individuo de una raza inferior, dejándose capturar tontamente, y que le había privado incluso de su medio de evasión: el suicidio.

El velo-móvil voló rápidamente, dejando atrás la ciudad; cruzaron sobre un bosque y, finalmente, Jack le hizo tomar tierra en las primeras estribaciones de una altísima cordillera, ocultos a toda mirada indiscreta.

-Ahora me dirás lo que quiero saber, hijo. Por de pronto tu nombre... ¿no? Pues me da lo mismo -la cartera del muchacho pasó a su poder-. Ya lo sé: te llamas, según esto, Paul Weiss... y aquí están todos tus demás antecedentes. En cuanto a lo demás...

Abrió un pequeño estuche. En su interior podían verse varios enchufes.

-¿Sabes lo que es esto? Veo que no. Ahora te enterarás -inesperadamente apareció una jeringa hipodérmica en su mano. El chorro, lanzado a fuerte presión, se introdujo bajo la piel de Weiss, que en el acto se relajó. Jack, sin dejar de hablar un momento, sujetó al joven fuertemente al asiento con unas bandas de plástico-. Se trata de un amplificador encefalográfico. Te coloco este casco en la cabeza... yo me pongo otro igual. Luego estas conexiones colocadas en cierta forma... y estás en disposición de decirme todo cuanto quiera yo. Mis impulsos cerebrales controlan la máquina del interior, transmitiéndose en forma de órdenes a tu cerebro... y ahora pregunto.

La conversación fue larguísima. Weiss hablaba con facilidad, sin vacilaciones, respondiendo con entera sinceridad a todo cuanto le preguntaba Talbot.

Jack, cuando supo todo lo que le interesaba, alteró ligeramente las conexiones.

-Ahora olvidarás todo lo ocurrido desde el momento en que yo empuñé la pistola. Vas a disfrutar de una carrera fantástica.

Al cabo de dos horas de paseo regresaban al mismo lugar de donde salieran. El joven Weiss estaba encantado de la amabilidad de Talbot quien,

al parecer, no sospechaba ni lo más mínimo de que aquel muchacho a quien había llevado de paseo estaba encontrando comodísima su vigilancia. El diminuto aparato de radio había transmitido íntegra la intrascendente conversación que había tenido lugar entre ellos.

Talbot, conocedor ya del método de relevos seguido por los que le vigilaban, sabía que podía esquivarlos cuando quisiera. Ahora sí que había llegado el momento de *matar* a Van Torkas. Sus seguidores se quedaron con un palmo de narices al comprobar que desaparecía inesperadamente.

* * *

Paul Weiss y sus compañeros, al comprobar que su presa se había evaporado, recibieron órdenes de presentarse en el cuartel general. Estaban bajo arresto, si bien sólo uno de ellos pasó a ocupar un calabozo: el que seguía a Talbot en el momento en que éste desapareció.

Weiss, vagando sin rumbo fijo por el inmenso edificio, penetró en el almacén, de libre acceso para los afiliados a las Juventudes Denebianas. Allí había prácticamente de todo. Sin saber por qué lo hacia, tomó una larga cuerda de escalar, guardándola en su bolsillo.

Llegó la noche. Paul, siempre inconscientemente, abrió una ventana en la azotea y lanzó la cuerda al exterior, luego de haberla sujetado fuertemente. Esperó unos minutos.

Tres sombras aparecieron en el recuadro de luz. Sin pronunciar palabra, como soñando, Weiss los guió hasta el sótano por los corredores menos concurridos a aquellas horas. Finalmente se detuvo ante una puerta.

-Aquí es -habló por vez primera.

-Vuelve a donde te corresponde. Tú no te has movido de tu dormitorio - a estas palabras de Talbot las acompañó un leve movimiento. Un líquido incoloro penetró en el sistema circulatorio de Weiss, quien dio media vuelta, regresando por donde habían venido.

Jack manipuló unos segundos en la puerta hasta conseguir abrirla. Una vez dentro volvió a cerrar cuidadosamente.

-No hay comunicación telefónica entre las celdas y el resto del edificio. Por tanto, aunque nos sorprendan no podrán dar la alarma rápidamente.

Se deslizaron por un largo pasillo con puertas a ambos lados, hasta llegar a un lugar en que formaba ángulo recto. Jack hizo seña de detenerse a sus compañeros, y avanzó él solo.

Entonces se oyó un lamento. Un hombre se levantó del camastro en que estaba tumbado, sin ver a Jack, oculto en las sombras del pasadizo. Penetró en una puerta, refunfuñando.

-¡Maldito viejo! ¿Qué querrá ahora?

Jack echó tras él, pasando rápidamente por la zona iluminada. La puerta crujió un poco y el carcelero se volvió.

-¿Eh? ¿Qué hace usted aquí? -un puñetazo seco le tumbó sin sentido, pero sus palabras, pronunciadas en voz alta, habían llegado a oídos de otra media docena que sé encontraban jugando a los naipes en una habitación vecina.

En tropel se precipitaron hacia allí, apretujándose por pasar los primeros. Jack no vio otra solución que recibirlos a tiros. La diplomacia estaba fuera de lugar en aquellos instantes, por lo que, arrimándose todo lo posible a la pared, abrió fuego con su pistola.

Uno de ellos mordió el polvo sin un gemido. Otro lanzó un grito de dolor y dejó caer su arma, retirándose tan precipitadamente como llegara, junto con los demás.

Entonces atacaron por la retaguardia los compañeros de Jack, y en unos instantes estuvo decidida la batalla.

Cogidos entre dos fuegos, los hombres de Grombes no sabían a qué lado atender primero, y poco a poco fueron eliminados.

Cuatro cadáveres y dos heridos, a más del que dejara inconsciente Jack al principio, era todo cuanto quedaba de la guarnición del sótano. Los hombres de Talbot no habían sufrido ni un rasguño.

-¡Atad a éstos! -Jack señaló a los tres enemigos que quedaban con vida. Mientras le obedecían, él comenzó a abrir puertas a uno y otro lado.

No había muchos presos, solamente cuatro, y Jack hizo regresar rápidamente a su celda a uno de ellos al reconocer en él a uno de los que habían estado siguiéndole aquel día.

El quinto era Mira Dekker.

-¡Jack! -se precipitó en sus brazos, sin pensar en otra cosa sino que venía a liberarla. Ni por un instante se le ocurrió que, si precisamente estaba allí, se debía indirectamente a él mismo-. ¡Sabía que vendrías, que no me ibas a dejar aquí!

-¿Te han maltratado? Porque, si es así, Grombes va a lamentar el día en que se le ocurrió la idea de raptarte...

-No. No me han hecho daño alguno -sonrió entre sus lágrimas-. ¡Salgamos de aquí!

-Tómatelo con paciencia, muñeca. No va a ser tan fácil.

Consultó su reloj.

-Faltan tres minutos solamente -dirigiéndose a los que le seguían-. Habrá que emprender la marcha.

-¡Capitán Drisard! -exclamó Mira, sorprendida de ver allí al hombre que mandó su escolta el día que fueron a visitar a Davies.

Drisard sonrió.

-Ya ve, Mira. Este torbellino nos arrastra a todos. Veremos si es capaz de sacarnos de este atolladero con la misma facilidad con que nos ha metido.

-¡El optimismo en mis huestes está llegando a su cénit! -observó humorísticamente Jack. Y con fingida voz plañidera prosiguió-: ¿Tan poco digno de confianza soy que ya no creéis en que pueda salvaros? Recordad mi alias favorito...

-Sí: *Aquiles*, o cosa semejante. Ya sabemos que eres ¡el tío más fanfarrón del servicio!

-Visto que ahora hemos levantado un poco los espíritus, ¡al ataque!

Encerraron a sus prisioneros en sendas mazmorras para mayor seguridad y reemprendieron el regreso.

Llegaban justo a tiempo.

* * *

El programa elaborado por Jack Talbot junto con Beaver, Sloane y Caraffa, comenzaba a desarrollarse de acuerdo con lo previsto.

Aquella noche comenzaron a reunirse grupos de personas, al parecer ansiosos de disfrutar del fresco, e insensiblemente se fueron concentrando en los parques y paseos próximos a la jefatura del servicio de contraespionaje.

En un momento dado, dos o tres mil hombres convergieron sobre el inmenso edificio. No prorrumpieron en gritos ni amenazas, y por ello el primer indicio del asalto lo tuvo la guardia al producirse dos tremendos estallidos en las puertas, que saltaron como si hubieran sido de cartón. La muchedumbre penetró como una marea humana, distribuyéndose por todos los departamentos, destrozando cuanto se ponía a su alcance.

Los oficiales antiguos, que cumplían su misión simplemente por la paga, comprendieron que allí no había nada que hacer. Por pronto que llegaran tropas, ellos estarían ya muertos. Optaron, pues, por una fuga precipitada con el pretexto de que sus servicios eran demasiado preciosos para malgastar sus vidas en una algarada; además debían proteger al Jefe supremo, al gran George Grombes, futuro Genghis Khan, que a no tardar uniría al mundo bajo su férreo dominio.

Únicamente los jóvenes fanáticos, imbuidos de la idea del destino rector de su estirpe, se sacrificaron inútilmente, si bien que pagando cara su derrota.

Aquella noche se conoció por la *Sangrienta* en Deneb. Más de quinientas personas, en su mayoría muchachos intoxicados por la propaganda introducida en dosis masivas en sus cerebros desde la recién abandonada niñez, murieron, en tanto que los verdaderos culpables de la situación se ponían tranquilamente a salvo.

Al amparo de la confusión, Jack Talbot, Mira, Drisard y el resto de sus hombres, así como los tres recién liberados cautivos, se desvanecieron. Deneb era muy grande y no iba a ser fácil encontrarles.

Media hora después comenzaban a llegar grandes contingentes de tropas, pero lo único que encontraron fue una descomunal pira, sin alma viviente en varios centenares de yardas alrededor. Los archivos secretos del Servicio de Contraespionaje Denebiano habían quedado destruidos. O al menos eso pudo pensar Grombes, aunque no habría estado tan seguro de saber que entre la multitud hubo algunos hombres especializados que, con la ayuda de Talbot, arramblaron con los archivos que éste había localizado en los segundos que precedieron a la invasión. Y que ahora tenían un verdadero ejército de hombres y mujeres organizando una perfecta limpieza de puntos clave controlados por el Jefe del Contraespionaje.

* * *

El golpe de fuerza contra el cuartel general de Grombes fue, aparte la ventaja que representaba la captura del *dossier* secreto, más de efecto espectacular que práctico. Jack Talbot y sus hombres habían puesto toda la carne en el asador, pero carecían de potencia para continuar la ofensiva hasta derribar de su pedestal al omnipotente jerarca. Había que minar su resistencia con pequeños actos de audacia, hasta imponérsele por el terror.

Con ello le obligarían a una acción desesperada que precipitara el desenlace.

El velo-móvil de Albert Nichols avanzaba raudo hacia la ciudad. Nichols era un apasionado de la naturaleza y, cual otros muchos personajes encumbrados, tenía su vivienda en las afueras.

Poniendo los mandos en automático, previa fijación del rumbo, se reclinó en su asiento, procediendo a encender un soberbio cigarro importado especialmente para él mismo. La vida le sonreía.

Nichols era un oportunista. Viendo en Grombes al futuro dueño del Reino de Deneb y, con un poco de suerte, tal vez del resto de la Galaxia habitada, no había vacilado un solo instante en formar bajo su bandera. Más su sentido de la prudencia era sumamente desarrollado y, acostumbrado a *nadar y guardar la ropa*, no consintió jamás en ser colocado en un cargo de relumbrón, blanco propicio para los tiros desde cualquier ángulo si algún día venían las cosas mal dadas. No le asustaba el trabajo... si iba acompañado de beneficios sustanciosos, y se conformó con un puesto de tercera clase en apariencia, pero que acabó convirtiéndole en la mano derecha de Grombes, siendo al propio tiempo un desconocido prácticamente.

Una repentina sacudida del velo-móvil le sacó de su abstracción. El aparato parecía luchar por elevarse en pugna con alguna fuerza que le precipitaba irremisiblemente contra el suelo. Nichols vio con terror cómo las copas de los árboles parecían subir a su encuentro y, segundos después, con un fragoroso chasquido, atravesaba la espesura hasta detenerse en un

pequeño calvero.

En el acto se vio rodeado de un grupo de hombres armados, algunos de los cuales le ayudaron a desembarazarse de los restos del velo-móvil. Nichols, demasiado aturdido aún para darse perfecta cuenta de la situación, tenía aún el convencimiento de haber sido víctima de un desgraciado accidente, y por ello no vaciló en dar las gracias.

-Ya nos las dará más tarde... si lo cree oportuno, señor Nichols. ¡Acompáñenos! -terminó con voz seca el que parecía jefe de todos ellos.

Mal de su agrado acabó por convencerse de que había caído en manos de los mismos que veinticuatro horas antes incendiaran el cuartel general de su amo, y se dio por muerto. Las piernas se le doblaron, y hubiera caído al suelo de no sujetarle dos de sus captores. A rastras tuvieron que llevarle un buen trecho hasta donde aguardaba un gran velo-móvil de transporte al que subieron todos.

Allí le recibió un hombre a quien pudo reconocer en el acto. Se asió a él como a un clavo ardiendo.

-¡Wifred! ¡No permitirás que me hagan daño alguno! ¿Verdad?

El otro le miró despectivamente.

-Eres un perfecto cobarde, Nichols; no sabes perder. ¿Dónde está aquella gallardía de que hacías gala hace poco, cuando tú ocupabas con otros el lugar que ocupo yo ahora contigo?

* * *

Días después, en el nuevo edificio habilitado provisionalmente para jefatura del servicio de contraespionaje de Deneb, tenía lugar una nueva reunión de urgencia. Grombes estaba literalmente *que se subía por las paredes*.

El número de los reunidos era sensiblemente menor.

-Señores -Grombes, aficionado a la acción directa, abordó el tema sin preámbulo alguno-. Todos ustedes conocen la gravedad de la situación. El Gobierno Federal de la Liga ha dirigido una nota, que puede calificarse de ultimátum, pidiéndonos el cese inmediato de la producción bélica en todas nuestras factorías y astilleros. Ya saben lo que eso significa.

-¡Pero no vamos a rendirnos ante la primera dificultad! Eso ya era previsible.

-Exactamente, señor Rickert. He aconsejado a Su Graciosa Majestad que haga caso omiso de la nota. Aunque no hemos alcanzado el grado de infiltración que hubiera sido deseable para emprender la acción directa, estimo que poseemos, sin embargo, los suficientes resortes en las fuerzas armadas para poder presentar un frente unido ante cualquier ataque. Mi cargo de Jefe del Estado Mayor del Ejército combinado es una garantía de que podremos contar con los recursos bélicos de Deneb que casi han

alcanzado el grado de fortaleza que podríamos considerar mínimo imprescindible.

-¿A qué esperar más? -intervino otra voz. Wifred Caraffa se ganó una severa mirada de Grombes.

-He expuesto la parte que pudiéramos llamar agradable de la cuestión. Por contra tenemos que prácticamente todos nuestros agentes fuera de los límites de Deneb han sido desenmascarados, y los que no se encuentran en prisión tratan de ocultarse por todos los medios. El servicio exterior de contraespionaje de Deneb está liquidado, lo cual nos resta muchísima potencia. Y, finalmente, todos ustedes habrán podido observar que el número de los aquí reunidos es sensiblemente inferior al habitual.

-¿Dónde están Nichols, Humbert, Rudolph y Granger? -inquirió Caraffa-. ¿Han salido a alguna misión secreta?

-Eso quisiéramos nosotros. Han desaparecido sin dejar rastro, aunque por ciertos confidentes que tenemos infiltrados entre el enemigo, sé que han sido secuestrados. Sin embargo hasta ahora no hemos podido averiguar el sitio donde se les retiene.

»Amigos míos -prosiguió Grombes- Atravesamos una situación crítica y, por tanto, me veo obligado a tomar severas medidas de seguridad. En adelante no se reunirá este Consejo y yo personalmente dirigiré las operaciones. No quisiera sino que comprendan las circunstancias, pero es muy posible que entre nosotros hayan traidores.

Y sus ojos se posaron, tal vez por casualidad, en los de Wifred Caraffa.

CAPÍTULO VI

-Por aquí, señor Retz.

El secretario precedió a Julius Retz por un salón elegantemente amueblado hasta una puertecilla situada en el extremo. Al otro lado estaba el despacho del representante de Deneb en la Liga.

-El señor Retz, Excelencia,

El hombre que se levantó de detrás de la monumental mesa, acogió a su visitante con una cordial sonrisa. Estrechó calurosamente su mano y seguidamente le ofreció un estuche con distintas marcas de cigarros y cigarrillos surtidos.

-No, gracias. No fumo estando de servicio, señor.

-¿De servicio? -enarcó las cejas en ademán interrogativo-. ¡Pero siéntese, por favor!

Ambos hombres se acomodaron en sendas butacas.

-Sí, señor. Aquí tiene mis credenciales -produjo unos documentos que alargó al diplomático-. Inspector Julius Retz, adscrito al servicio federal de seguridad.

-En efecto, así parece ser. No obstante, sigo sin comprender el objeto...

-Muy sencillo, señor. Por conducto oficial ha llegado a conocimiento del servicio de seguridad, que Deneb se ha negado a cumplir ciertas órdenes emanadas del Consejo Supremo de la Liga.

-Eran órdenes totalmente arbitrarias e infundadas -protestó el representante de Deneb-. El reino estaba imposibilitado de entregar el número de astronaves de combate que se le exigían, puesto que no cuenta con ellas en modo alguno. Incluyendo las que actualmente están para desguace, apenas contamos con el treinta por ciento del total que nos permite nuestra sumisión a las regulaciones federales.

-En dichas órdenes se trataba de otro asunto al propio tiempo.

-Así es, efectivamente. Pero esta cuestión es aún más absurda que la de las astronaves. Ni el propio Rey está facultado para destituir al Jefe del Estado Mayor del ejército. Su único recurso estriba en convocar unas elecciones, mejor dicho, un referéndum entre el pueblo, que dio una abrumadora mayoría de denebianos que deseaban su continuidad en el cargo.

-El gobierno de Deneb se negó rotundamente a permitir que una delegación de la Liga comprobara tanto el número de aparatos de combate como la legalidad de las elecciones...

-Sí, valiéndose de sus propias facultades.

-Permítame que, con todos los respetos, niegue tales facultades. El Consejo de la Liga Federal tiene jurisdicción para emitir órdenes a los gobiernos asociados; órdenes que éstos no pueden rechazar en modo

alguno.

-¡Se trataba de una violación de derechos...! -chilló el diplomático, empezando a descomponerse.

-En eso estamos de acuerdo. Se violaban los derechos de los ciudadanos de Deneb para expresar libremente su voluntad. Perdone usted que sea un poco duro en mis expresiones, pero me veo obligado a ello para expresarme con la suficiente claridad.

-¡Esto es una ofensa que no tolerará mi gobierno! ¡Deneb se retirará de la Liga!

-Se equivoca usted, señor. Deneb ya *ha sido retirado* de la Liga por el propio Consejo Ejecutivo. Toda su red de espionaje, dirigida por el propio general Grombes, está siendo desarticulada en estos momentos, y una poderosa flota está presta a zarpar de un momento a otro para salvaguardar la paz en la Galaxia...

-Lo cual significa que mi representación aquí puede darse por terminada, y regreso inmediatamente al Reino.

-Nuevamente se equivoca, señor. Mi misión aquí es muy otra: simplemente conminarle a que en el plazo de media hora se presente voluntariamente, con todo el personal adscrito a esta Legación, ante el señor Davies, Jefe del Servicio de Seguridad, para responder de ciertos cargos de espionaje.

El representante de Deneb se levantó. Una fría sonrisa acogió las últimas palabras del agente Retz.

-Lamento decirle que me niego rotundamente. Conozco mis derechos y este edificio goza del derecho de extraterritorialidad. Por tanto, le acuso a usted de allanamiento de un edificio diplomático y le mantendré aquí como rehén de que no seremos molestados, tanto yo como mis hombres.

Retz sonrió un poco burlonamente.

-Sepa que, cuando me ofrecí voluntario a venir, estaba seguro de que iba a ser necesario un milagro para que pudiera salir con vida. No solamente tienen ustedes agentes suicidas, que prefieren la muerte antes que incumplir lo que ellos consideran un deber. Yo, que pienso que usted no está en ese caso, creo que será oportuno para su salud el que me acompañe al exterior.

El denebiano comprendió que el otro tenía la retirada más cubierta de lo que anunciaba, especialmente al ver una pistola que le apuntaba rectamente entre los ojos.

-Usted gana, Retz. ¿Cuándo salimos?

-Ahora mismo. Pero veo que aquí tiene un intercomunicador. Ordene a todo su personal que vaya desfilando hacia el exterior.

Entretanto Retz cerró las pesadas puertas, dejando el despacho perfectamente aislado del resto de la casa. Unas esposas electrónicas

dejaron al diplomático totalmente inutilizado.

Retz se asomó a una ventana que daba sobre la fachada del edificio, viendo cómo comenzaban a salir al jardín varias personas, extrañadas ante la que consideraban absurda orden de su jefe. Agentes federales se fueron concentrando a su alrededor conminándoles a que se entregaran.

Y entonces uno de los denebianos pareció no conformarse con este final tan poco honroso. Con la rapidez del rayo extrajo una pistola, que restalló casi a quemarropa sobre un agente. El hombre se desplomó, muerto.

La batalla se generalizó inmediatamente. Todos los denebianos iban armados y en pocos segundos dieron cuenta de los cuatro o cinco agentes que tenían más cerca, emprendiendo precipitadamente la retirada al interior del edificio. Dos de ellos quedaron tendidos en el suelo.

Retz observó la risueña expresión de su cautivo.

-Jamás lograrán penetrar en este edificio. Es una verdadera fortaleza. Para acabar con nosotros tendrían que echarlo abajo totalmente.

-¿Usted cree? -el agente dejó asomar a sus facciones el gesto más burlón que le fue posible-. Le voy a demostrar que no es así.

Su mano trabajó unos instantes hasta sacar del bolsillo un pequeño estuche. Un objeto que el otro no pudo ver pasó a su boca, haciéndose patente la repugnancia con que lo tragaba.

-¿Qué es eso? -preguntó extrañado el denebiano.

-Un pequeño ardid del servicio. Nuestros agentes llevan todos un repertorio de cosas útiles, entre las que se encuentran unos comprimidos capaces de activar su metabolismo hasta extremos inverosímiles. En estos momentos no hay veneno, narcótico o herida, salvo que sea mortal instantáneamente, capaz de dejarme fuera de combate.

Un segundo después el diplomático dormía profundamente al aplicarle Retz una inyección somnífera. No despertaría hasta que le dieran otra de efectos contrarios.

Retz abrió sigilosamente la puerta. No parecía haber nadie afuera. Regresó a la ventana y con su pañuelo comenzó a hacer señas; instantes después recibía la señal de entendido y se deslizaba por el salón hasta las escaleras del piso bajo. Le tenía sin cuidado el que ahora descubriesen a su prisionero.

Habría cerca del centenar de personas en la casa, que si bien no tenían probabilidad alguna de huir por su cuenta, podían confiar en ayuda exterior, contando con sus compañeros de espionaje. Retz sonrió ante las inútiles esperanzas de los sitiados.

Los agentes federales tenían emplazadas pequeñas baterías lanzacohetes, cuyos proyectiles producían un formidable estruendo cada vez que chocaban con las puertas de la casa o con los muros. Pero, como había dicho el denebiano, aquello era una verdadera fortaleza. Ante cada

ventana se había corrido un panel, protegiendo aquellos puntos más débiles, con solo pequeñísimas troneras por donde disparaban los sitiados.

Retz, protegido por la semipenumbra y el estruendo de la batalla, podía desplazarse con cierta seguridad de no ser identificado aunque tropezara imprevistamente con algún denebiano.

Finalmente alcanzó el sótano. Mayor cautela aún, pues allí la iluminación era más potente y llegaban muy amortiguados los ruidos de las explosiones. Además estaba desorientado, pues no tenía sino vagas sospechas del lugar donde estaría lo que buscaba.

Una estrecha escalera de caracol le llevó más abajo aún. Pese a que descendía con las máximas precauciones debió hacer algún ruido porque una voz preguntó desde abajo:

-¿Eres tú, Lester?

Sabiéndose descubierto, aunque el otro no conociera aún la identidad del que se aproximaba, Retz terminó el descenso a la carrera, protegido por las dudas del otro, que no podía saber si era amigo o enemigo hasta que le viese.

Y entonces ya era tarde para él, porque lo primero que percibió fue una especie de proyectil humano, que saliendo de la desembocadura de la escalera, se le precipitó encima sin darle tiempo a empuñar un arma.

La sorpresa le privó de gritar por unos instantes, los suficientes para permitir a Retz asirle por el cuello y apretar, apretar, hasta que las facciones del denebiano comenzaron a adquirir un tono amoratado, en tanto que sus manos hacían inútiles esfuerzos por librarse del dogal.

Quizá fue una idea consciente aparecida entre las brumas de su cerebro, o tal vez un reflejo instintivo de defender su vida. Lo cierto es que el denebiano, cuando ya cesaba en sus ánimos de lucha, dirigió los dedos engarfiados rectos a los ojos de Retz, quien tuvo que echarse hacia atrás para esquivarlos, aflojando algo la presión.

El denebiano continuó en su esfuerzo, viendo ahora una ligera posibilidad. Los combatientes habían dado la vuelta y Retz estaba ahora debajo. Pero era mucha la ventaja que llevaba sobre las decaídas fuerzas de su contrario, y sus piernas se elevaron hasta aprisionar la cabeza del otro, haciéndole caer de espaldas. Retz se retorció como una anguila y sus rodillas se apoyaron en los riñones de su enemigo.

Un golpe seco con el canto de la mano sobre la nuca, y el combate había terminado.

Justamente a tiempo. Apenas Retz se incorporaba empuñando la pistola, vio venir sobre sí a otros dos denebianos. Sin pensarlo hizo fuego y uno de ellos se dobló por la mitad cual si de pronto le hubiera salido una bisagra en la cintura.

Un ardiente proyectil atravesó el brazo izquierdo de Retz, dejándoselo

inutilizado aunque él no sintió dolor alguno de momento a causa de la droga que había ingerido. Pero ya su segundo disparo buscaba el corazón del que le hiriera, y el agente continuó su avance temiendo a cada paso encontrar nuevos enemigos.

Pero ya no había nadie más en el sótano y tranquilamente pudo llegar al sitio que buscaba: el cuadro de conmutadores que permitían controlar las defensas del edificio. Y segundos más tarde comenzaban a penetrar en el interior de la casa los potentes proyectiles de los federales.

La resistencia, cada vez más débil, continuó durante algún tiempo; el propio Ole Davies dirigía las operaciones del asedio, y él en persona fue uno de los primeros en cruzar el pequeño espacio descubierto hasta la puerta, seguido por varias docenas de sus agentes.

Una verdadera lluvia de proyectiles fue la bienvenida que obtuvieron. Los jóvenes adictos de Grombes, convencidos de que el sacrificio de sus propias vidas era poco en defensa de la causa que consideraban poco menos que sagrada, estaban dispuestos a sostener el bastión hasta la última gota de sangre, y fue preciso un largo y costoso asedio para irles desalojando de sus posiciones.

Cada vez que los hombres de Davies penetraban en un departamento de la legación denebiana era para encontrar solamente los cadáveres de los defensores.

No lograban hacer ni un solo prisionero.

En el sótano se recrudeció la resistencia hasta el máximo, y fueron precisas varias horas de incesante combatir y verdaderos derroches de heroísmo por parte de los federales, hasta que, prácticamente en peligro de derrumbarse todo el edificio a causa de la fantástica cantidad de proyectiles explosivos empleados, lograron acabar con los oponentes.

Julius Retz, literalmente desintegrado a balazos, exhalaba su último aliento cuando sus compañeros lograron alcanzar la parte más profunda del sótano donde se encontraba él.

La escalera de caracol estaba abarrotada de cadáveres de denebianos, aniquilados por el bravo agente cuando trataban de penetrar de uno en uno por el estrecho acceso.

Una sonrisa de satisfacción contraía las facciones de Retz; satisfacción por el deber cumplido.

Ole Davies se disponía a dar las órdenes pertinentes para practicar un registro a fondo en el edificio, en busca de documentos que pudieran resultar interesantes, cuando uno de sus hombres irrumpió en el sótano. Durante unos segundos se detuvo vacilante, contemplando emocionado el desfigurado cuerpo de su camarada.

Casi con lágrimas en los ojos, murmuró una frase:

-¡Bravo muchacho! -y el tono con que pronunciara estas palabras decía

mucho más que aquello. Era el encendido homenaje de todos los miembros de un cuerpo, famoso por el heroísmo de sus componentes, al compañero caído en cumplimiento de su deber; que había ido al peligro, consciente de la casi absoluta certeza de su propia aniquilación. Y que, sin embargo, no había vacilado un solo segundo, muriendo con la sonrisa en los labios.

Luego, recordando lo que le había traído allí, se dirigió a su superior.

-Hemos capturado vivos arriba a unos cuantos pájaros, señor. Parece ser que los más importantes. Están muertos de miedo.

-¡Vamos a verles! -gritó Ole, excitado. Para él era una gran cosa esta noticia. Había temido salir de allí sin otra cosa que un puñado de cadáveres.

Tuvo que esperar fuera del sótano a que llegara el agente que tenía que guiarle. Ambos continuaron la marcha hasta los pisos superiores. Ole Davies paseó una mirada de asombro por la habitación circular a que fue conducido por un angosto pasillo. Las paredes estaban literalmente cubiertas de cuadros de mando y pantallas.

-¡Esto es... es... -vaciló unos instantes, dudando de lo que captaban sus sentidos. Finalmente no le cupo duda alguna- una astronave!

-En efecto, señor. Una pequeña astronave que los señores delegados de Deneb en Sirio tenían preparada para utilizarla en un caso como éste -repuso uno de los agentes que custodiaban a los prisioneros.

Se trataba de cuatro hombres. Uno de ellos se encontraba inconsciente.

-¿Ha sufrido algún golpe? -preguntó Davies, señalando a este último.

-No, señor. Al menos que sepamos nosotros,

-Entonces, ¿cómo está así? ¿Qué le ha ocurrido?

Nadie pudo contestarle a esto.

-Cuando penetramos aquí estaba ya inconsciente -manifestó uno de los agentes- y estos otros trataban de reanimarle por todos los medios. No daban la impresión de haberlo dejado ellos así.

Davies repitió la pregunta, dirigida esta vez a los cautivos.

-Se trata de Su Excelencia, el encargado de Negocios de Deneb en Sirio -repuso uno de ellos, el que parecía dotado de mayor autoridad-. Cuando empezó el tiroteo subimos a buscarle, de acuerdo con las instrucciones que teníamos recibidas. Le encontramos en este estado y le trajimos a rastras.

-¿Y cómo han esperado hasta ser demasiado tarde para salir? ¿Alguna avería?

-No podemos saberlo, en cuanto a la nave. Para que sea posible levantar el vuelo es necesario descorrer una sección del techo y esto no ha ocurrido así. No sabemos por qué.

-El mando para ello está en el sótano, si no me equivoco...

-Efectivamente. En el mismo lugar que los de los suplementos acorazados para las aberturas que dan al exterior. Puede hacerse desde aquí, pero para ello habría que desconectar abajo, cosa que no se hace

normalmente.

-Pues lamento decirles que la culpa, tanto de que no hayan podido escapar ustedes, como de que nos haya sido relativamente sencillo el penetrar en esta casa, la tiene un pobre muchacho que en estos momentos acaba de expirar allí abajo con el cuerpo desfigurado hasta lo irreconocible.

Sendas miradas temerosas se clavaron en él. Los prisioneros ya se veían sometidos a inconcebibles martirios en venganza de aquella vida inmolada, cuya pérdida parecía afectar tan profundamente a Davies.

-... Y otra cosa que se tendrá muy en cuenta en su día, ante el oportuno Tribunal Federal, es la sangrienta resistencia opuesta por orden de ustedes a la acción de la policía gubernamental. Creo que tengo siete agentes muertos y más de veinte heridos, algunos de los cuales tal vez no vean la luz del nuevo día. Sin contar con que posiblemente haya otros treinta o cuarenta muertos entre los hombres de ustedes.

Los tres hombres se encogieron cual si tuviesen ya la formidable espada de la Justicia pendiente sobre sus cabezas.

-¡Nosotros no hacíamos sino cumplir órdenes, señor! ¡De haber alguna culpa, será de nuestro Gobierno...!

Ole estuvo tentado de volverles la espalda en el acto. Pero antes quiso acabar de escupirles al rostro lo que pensaba de esta cuestión. Era su pequeña venganza al añadir un granito de arena a los temores de los otros.

-De acuerdo en que la culpa es de su Gobierno... --y cuando una lucecita de esperanza parecía iluminar sus rostros, prosiguió-: Pero ello no rebaja en un ápice la propia de ustedes. Son personas cultas, conocedoras de las Leyes. Y saben que la Constitución Galáctica, cuerpo legal primario en la Liga Federal, establece taxativamente que las órdenes o requerimientos del Gobierno de la Federación poseerán siempre rango superior a los de los Gobiernos Regionales. Ustedes se han negado a obedecer el requerimiento de un representante del Gobierno Central, y su propio cargo de diplomáticos agrava su penalidad.

Se inclinó sobre el inmóvil jefe de la delegación denebiana, colocándole el pulgar sobre el párpado para mantenerle abierto el ojo, que estudió detenidamente.

-Lo que sospechaba. Retz le administró una dosis de hipnótico antes de bajar al sótano. Sus señas de que no disparásemos hacia la ventana del despacho eran, no para evitarse daños a sí mismo, sino para impedir que matásemos innecesariamente a este hombre.

CAPÍTULO VIII

La estrecha portilla se abrió, dejando paso a un joven teniente. Varios hombres se incorporaron, en sus literas, mirándole con ansiedad.

-¿Sabes algo nuevo, Charlie?

El recién llegado sacudió la cabeza en ademán negativo.

-Ni palabra. Nadie parece saber nada en este cascarón.

Se dejó caer, como cansado, en su propia litera, y procedió a encender parsimoniosamente un cigarrillo.

-No lo comprendo -murmuró otro, apoyando la cabeza en la almohada-. Nos hacen venir a este rincón perdido en el espacio, con la única orden de esperar, manteniendo inactivos todos los aparatos de comunicación y detección a larga distancia. Solamente se puede utilizar la radio normal que, en cambio, debe mantenerse abierta a la escucha.

-¿Para qué? digo yo.

-Antes de embarcar oí ciertos rumores... pero no vale la pena. No creo que sean ciertos.

-¿De qué se trata? -preguntó Charlie Berth.

-¡Bah! Una idiotez. Se decía que...

Una seca voz procedente de un oculto micrófono, interrumpió al que hablaba.

-¡Teniente Berth! ¡Preséntese inmediatamente en su puesto!

Refunfuñando, Charlie adoptó la posición vertical.

-¡Hasta luego, muchachos! Tal vez luego pueda daros noticias de interés.

En el puente de mando reinaba cierta excitación. Berth observó inmediatamente que todos estaban concentrados ante la pantalla de radar de corto alcance.

-¿Qué sucede, muchachos?

Uno de sus compañeros señaló hacia el opaco cristal, pero antes de que pudiera decir nada, sonó detrás de ellos otra voz repitiendo la misma pregunta.

Nadie se volvió. Conocían de sobra al que hablara.

-Mire esto, capitán. En la pantalla de radar ha aparecido un objeto que se nos aproxima diagonalmente. Yo diría que es una nave.

El capitán Fletcher asintió pensativamente.

-Eso parece, en efecto. Pero no hay que alarmarse. Ya se nos advirtió que tendríamos compañía.

-¿Vamos de maniobras, señor -interrogó Berth-. No me conteste si se trata de un secreto, desde luego, pero...

El capitán sonrió amistosamente.

-Estoy tan enterado como ustedes. Las órdenes, de la especie que sean,

las recibiremos aquí mismo.

-¡Otro! -señaló una voz excitada-. ¡A estribor!

-¿Hemos de comunicar con ellos, capitán? -interrogó el telegrafista.

-Supongo que no, puesto que únicamente se nos ordenó esperar aquí. Es de suponer que alguien tendrá instrucciones concretas y se encargará de distribuirlas entre nosotros.

Poco a poco fueron apareciendo nuevas señales luminosas en el radar. Los tripulantes del *Cid* sentían crecer más y más su excitación conforme aumentaba el número de naves que los rodeaban, manteniéndose tan silenciosas como ellos mismos.

Dieciocho horas después de su llegada, el destructor *Cid* mantenía dentro del radio de acción de sus detectores más de diez mil naves.

-¡Y eso, en el pequeño espacio de seis millones de millas de diámetro a que alcanzamos! -susurró Charlie, anonadado.

-Es de suponer que éstas no sean sino una mínima proporción de las que nos hemos reunido. Sería mucha casualidad que ocupáramos el centro de la concentración.

Más tarde comprobaría el capitán Fletcher lo atinado de su observación. En aquellos instantes su mirada estaba fija en una lucecita ambarina que parpadeaba con intermitencias regulares. Alguien trataba de establecer comunicación radial con el *Cid*.

El telegrafista pulsó el botón de recepción y escuchó unos instantes. Volviéndose, hizo una seña a Fletcher para que ocupara su asiento, levantándose con este objeto.

El capitán se colocó los auriculares que le entregara su subordinado. Una voz monótona repetía incansablemente:

-*¡Llamada personal a todos los comandantes!, ¡Llamada personal a todos los comandantes!, ¡Llamada...!*

Los demás tripulantes rodearon al radio, quien no pudo sino encogerse de hombros.

-Piden hablar personalmente con los comandantes de las naves. Hasta ahora no han dicho otra cosa.

Fletcher permaneció casi media hora en absoluta inmovilidad, escuchando atentamente. El único signo exterior de sus emociones lo daban sus manos, crispadas sobre el borde de la mesa, como en un intento de taladrar diez orificios en el tablero con sus dedos.

Al cabo de este tiempo maniobró unos instantes en el cambio de onda, y continuó a la escucha. Varios minutos después pronunció una sola frase:

-*Cid* esperando órdenes.

Y nuevamente el silencio. Hubiera podido oírse el aletear de una mosca al otro extremo de la nave, caso de existir estos insectos a bordo.

-*Cid*. Entendido.

Se levantó, encarándose a sus subordinados. Estaba ligeramente pálido, y sus labios formaban una delgada línea recta. Con voz firme dio escuetamente sus órdenes.

-Zafarrancho de combate. A toda velocidad, segundo cuadrante, tres grados siete segundos,

Norte. *Salto*, 3,07 parsecs. Detención inmediatamente después.

Apenas pronunciada la primera palabra se ocasionó una desbandada general, distribuyéndose los hombres en aparente desorden por todos los rincones de la cámara de control. Un altavoz comenzó a difundir mandatos a todos los departamentos del *Cid* apenas hubo terminado de hablar el capitán, y segundos después las máquinas del destructor funcionaban a pleno rendimiento.

En media hora estaban cumplimentadas las órdenes. Nueva espera y a su alrededor comenzaron nuevamente a aparecer puntitos de luz indicando otras tantas naves de combate como la suya propia. Sin embargo, ahora su número era sensiblemente inferior.

Otra vez el capitán tomó asiento en el sillón del telegrafista.

-*Cid* en nueva posición.

Oyó con espaciados intervalos estas mismas palabras precedidas del nombre de otros navíos de su escuadra, hasta completar los diez que la componían. Allí estaban los viejos compañeros: *Alexander* comandado por su íntimo el capitán Thorens; *Leónidas*, *Rommel*, *Moltke*, *Atila*, *Doria*, *Pétain*, *Julius Caesar*... y el imponente *Pirrus*, buque insignia del vicealmirante Gould.

El jefe de la escuadra tomó la palabra una vez seguro de que estaban todos.

-¡Hola, muchachos! Me alegro de oíros. Conectad las pantallas... Y de veros -una vez le hubieron obedecido-. Vamos a Deneb.

Lo dijo como si la cosa no tuviera importancia. Un oficial lanzó un silbido de asombro que ante otro superior le hubiera valido una seria reprimenda. Pero Gould, que permitía a sus subordinados muchas libertades, que otros hubieran considerado como inadmisibles por la posible relajación de la disciplina, había conseguido reunir al mejor equipo de combate de toda la flota.

Sonrió.

-Parece ser que hay un individuo, un general Grombes, que tiene la descabellada idea de regir la Galaxia a su antojo... y va en camino de poder lograrlo si se le da tiempo. Afortunadamente podremos cortarle las alas, según dicen...

»En resumen: Nuestro destino es la propia capital del Reino. A medio año-luz de Deneb nos concentraremos. Suerte.

Y cortó la comunicación. No era necesario dar orden alguna para que

sus hombres comprendieran que se exigía de ellos la llegada cuanto antes al punto de cita. A los oficiales de ruta incumbía ponerse de acuerdo entre sí para que la escuadra no quedara distribuida en un volumen de espacio demasiado grande.

Y estaban tan compenetrados los colegas de las distintas dotaciones que su aparición en las cercanías de Deneb se dio con breves segundos de intervalo y en menos de mil millas cúbicas de espacio.

Charlie Berth se vio sorprendido por un violento resplandor en la pantalla visora que tenía ante sí. Aquello no podía sino ser debido a una explosión atómica a corta distancia, amortiguada por los filtros del visor. Los instrumentos a su alcance confirmaron esta sospecha en el acto. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar palabra, alguien se le adelantó.

-¡Estamos siendo atacados!

La sorpresa de haber caído en medio de un fuego graneado, no impidió a Fletcher dar la orden oportuna.

-¡Pantallas protectoras!

Un tenue resplandor verdoso circundó en el acto al *Cid*. Estaba formado por una densa emisión de ondas, capaz no solamente de aniquilar hasta el último átomo de cualquier materia que se aproximase a menos de una milla del casco del destructor, sino incluso de deformar y desviar toda especie de radiaciones hasta hacerlas totalmente inofensivas.

El grave inconveniente de la pantalla era que, no permitiendo el paso a radiaciones ni materia, la nave protegida era incapaz de desarrollar su propia fuerza agresiva y de comunicarse por cualquier método con el exterior. Radio corriente y sub-espacial, así como los detectores, quedaban inutilizados, e incluso la visión directa sufría los efectos de la pantalla aunque no quedaba totalmente eliminada.

-Justo a tiempo, señor -manifestó tranquilamente un hombre, como quien dice: *fuera está lloviendo*-. Detuvimos un disparo que iba directo a popa.

-No podemos seguir así -dijo el capitán-. ¿Pudisteis localizar exactamente las explosiones?

Charlie consultó sus aparatos. La tripulación del *Cid* parecía convertida en otras tantas máquinas impersonales, y ello le permitió afirmar sin la más leve inflexión en su voz:

-Fueron tres. Dos de ellas en la posición del *Rommel*; la tercera debió alcanzar al *Pirro*.

-Poned en funcionamiento las alertas automáticas y bajad la pantalla. Es necesario que nos enteremos de la situación.

Ni los mecanismos robot eran a veces capaces de preparar las defensas con tiempo para detener una agresión, pero el *Cid* y sus compañeros no estaban allí simplemente para servir de blancos. Debían tirar ellos también,

y la única forma de hacerlo era arriesgándose.

La glauca luminosidad se esfumó en el acto, y simultáneamente los detectores proyectaron sus invisibles tentáculos en el espacio que los rodeaba, en busca de amigos y enemigos.

El capitán clavó sus interrogantes ojos en la pantalla. Una leve exclamación de sorpresa se le escapó sin que pudiera evitarlo.

-¡Menuda ensalada hay ahí fuera!

Efectivamente, delante, detrás, arriba y abajo de ellos, centelleaban millares de explosiones. El *Cid* unió su propio arsenal a los fuegos artificiales, solamente interrumpiendo su mortífera tarea cuando la alarma automática conectaba el manto protector de la pantalla defensiva, para volver a reanudar el fuego apenas pasado el peligro.

Grabada en los circuitos mnemotécnicos de los robots artilleros había una clave que permitía, por la diferencia en las reflexiones de las ondas de radar, distinguir a amigos de enemigos. Los navíos de la Liga Federal aparecían en la pantalla como puntos de color azulado, contrastando fuertemente con los rojos que correspondían a las astronaves del Reino de Deneb.

El *Cid* se veía, poco a poco, alejado de lo más enconado de la batalla a causa de que la incesante aparición de naves de combate amigas en los alrededores les había dado una momentánea superioridad sobre el enemigo, aniquilándolo en aquel sector casi por completo.

Ya se disponía Fletcher a actuar por su cuenta, precipitándose al encuentro de los aparatos denebianos, cuando la voz excitada del telegrafista le hizo desistir momentáneamente de su propósito.

-¡El *Pirro* al habla, señor!

-¿Pues no estaba destruido?

-Parece ser que tienen averías. El almirante Gould nos ordena aproximarnos.

-Vamos allá.

Poco después, apretados hasta lo inconcebible en el estrecho recinto, se reunían en el puente de mando del *Cid* el vicealmirante Gould y lo que restaba de su estado mayor. El *Pirro*, nave insignia de la escuadrilla, había encajado un proyectil que casi lo había partido por la mitad, quedando totalmente inservible. Gould comenzó a repartir órdenes a lo que quedaba de su maltrecha tropa, reducida ahora en tres unidades: el *Doria*, el *Rommel* y el *Pirro*.

Instantáneamente se precipitaron en lo más fragoso del combate.

-Mal andan las cosas -murmuró Gould, volviéndose hacia la cohorte de comandantes y coroneles que le rodeaba, luego de establecer comunicación con los demás jefes de escuadra-. Los condenados denebianos han puesto en línea de batalla tres veces más potencia de fuego de la que se suponía a

toda su flota. Y .siguen llegando...

-También los nuestros... -apuntó tímidamente un coronel.

-Pero en menor proporción. Y dentro de poco habremos metido toda la carne en el asador.

La pelea había degenerado en combates individuales, en los que tan pronto había un navío de cada bando bombardeándose sañudamente, como uno de ellos recibía la ayuda de tres o cuatro de sus compañeros, obligando al otro a huir vergonzosamente si no quedaba convertido en un mausoleo espacial, tumba eterna de sus desgraciados tripulantes.

La flota federal había cesado de recibir refuerzos y los denebianos no parecían encontrarse en mucha mejor situación, si bien gozaban de una ligera superioridad numérica.

El *César*, y poco después el *Moltke*, desaparecieron como fuerza combatiente. Gould se volvió hacia Fletcher.

-Lamento mucho tener que dar esta orden, capitán. Pero no hay otra solución. ¡Retirada!

-¿Huir? ¡Imposible, almirante!

-¿Por qué? ¿Queda algo que hacer aquí, salvo inmolarnos inútilmente?

-Me niego, almirante -Fletcher había palidecido intensamente, sabiendo que aquellas palabras significaban para él el consejo de guerra: pero no vaciló ni un segundo.

Gould enrojeció de ira. Su temblorosa mano le apuntó como si fuera una pistola.

-¡Arréstenle! -varios hombres de su propia tripulación se precipitaron sobre Fletcher, quien no ofreció la menor resistencia-. ¡Telegrafista! Ordene al resto de la flota federal que se ponga a salvo como mejor puedan.

El telegrafista avanzó un paso, esperando a que Gould se levantara, para ocupar él su lugar. No obstante aún vaciló unos segundos.

-Perdone, señor. No se trata de discutir ni oponerme a sus órdenes, pero el Almirante Mayor de la flota...

-¡Ha muerto! -fue la seca respuesta que obtuvo-. Yo soy el oficial de mayor graduación, y me hago cargo del mando. ¡Cumpla sus órdenes!

Con visible disgusto, el hombre preparó una llamada general que convertiría en vergonzosa huida una batalla cuyo resultado estaba indeciso.

Fletcher salió fuertemente custodiado. La puerta se cerró tras él y sus guardianes mientras se dirigían a los calabozos de la sentina. El comandante del *Cid* iba precediendo el desfile.

-¡Un momento, caballeros! -llamó una voz enérgica a sus espaldas.

Sorprendidos, se volvieron los que conducían a Fletcher. El teniente Berth mantenía a la altura de la cintura un arma de terrible aspecto con que les apuntaba.

-¡Al suelo, comandante! -gritó apenas los otros hicieron ademán de

recurrir a sus pistolas que llevaban empuñadas. Durante breves segundos se cruzaron rápidos disparos, pero la subametralladora de Charlie era demasiado para que se le opusieran cuatro hombres. Los adictos del almirante Gould rodaron por tierra.

-¡Volvamos a la cabina, Berth! -gritó Fletcher al tiempo que se inclinaba para recoger dos pistolas de los caídos-. ¡Hay que detener esa loca retirada!

-¡El almirante Gould es un traidor, estoy seguro!

Como trombas desatadas se precipitaron en la cabina. Varios disparos acogieron su presencia, pero su desventaja inicial quedaba bastante compensada con el agrupamiento de sus enemigos. Todos los que habían pasado del *Pirro* al *Cid* se mantenían juntos, ostensiblemente apartados de los tripulantes del destructor.

Varios sicarios de Gould rodaron por el suelo. Fletcher soltó un gemido y se dejó resbalar sobre el mamparo, sin que por ello sus pistolas dejaran de funcionar un solo instante.

La pelea se decidió cuando los tripulantes del *Cid* se sumaron a ella, lanzándose en tromba, por sorpresa, sobre los que amenazaban con aniquilar a sus dos oficiales. No tuvieron necesidad de armas y luego de un corto pero brutal forcejeo cuerpo a cuerpo, quedaron dueños del campo.

Gould fue el primero en levantar los brazos. Temblaba, ahora de miedo, aunque por unos instantes trató de mantener su posición.

-¡Esto es un motín! ¡Seréis severísimamente juzgados, y yo mismo tendré un verdadero placer en condenaros a la última pena!

Pero nadie le hizo el menor caso. Berth, dejando los prisioneros a cargo de algunos camaradas, se arrodilló junto a Fletcher. El herido sonrió amistosamente.

-Hágase cargo de la nave, teniente, Yo ya estoy ultimado. ¡Anule las órdenes de Gould! ¡Esos traidores denebianos no han de poder quebrar la unidad de la Liga! Y lleve al almirante a Sirio para que le juzguen... Yo...

Dobló la cabeza y cesó de hablar. No estaba muerto, pero Charlie temía que no transcurriera mucho rato con vida. Hizo una seña a dos tripulantes, quienes rápidamente se hicieron cargo del capitán, llevándole a la *cámara de conservación,* como ellos la llamaban, una especie de ataúd donde se introducían los cuerpos de los heridos para ser sometidos a un proceso de congelación que retrasaba el proceso vital hasta casi detenerlo por completo. Con ello se evitaba la muerte por falta de asistencia médica, hasta que podían ser desembarcados en algún centro sanitario.

Charlie Berth se encontró de pronto abrumado por la responsabilidad. La inesperada orden del vicealmirante Gould había sido, en su concepto, tan descabellada, que, al igual que Fletcher, no pensó sino en una traición. Pero, ¿y si la decisión estaba plenamente justificada en vista del total

descalabro a que estaban abocadas las naves de la Liga? En este caso, toda la tripulación del *Cid* sería sumarísimamente juzgada por haber provocado un motín con derramamiento de sangre.

Por otra parte, Charlie estaba convencido de que una retirada, con la consiguiente persecución de que difícilmente podrían escapar algunos pocos, significaba una grave amenaza contra la unidad de la Liga Federal, con su flota más poderosa destruida y pulverizada por la de unos rebeldes. El mismo resultado sería tal vez consecuencia de una prolongación de la lucha, que, con toda seguridad, acabaría con la desaparición de las naves leales. Pero...

-¡Al menos no podrán decir que hemos perdido la cara ante ellos!

Y, con esta resolución firmemente adoptada, se puso en contacto con el *Alexander*.

-¡Capitán Thorens! -gritó excitadamente-. Le ruego se haga cargo del mando de la flota.

-¿Qué ocurre, Berth? -Thorens le conocía y apreciaba, habiendo insistido varias veces a Fletcher para que le cediese aquel competente oficial.

Charlie le hizo una sucinta relación de lo acaecido.

-Estoy de vuestra parte, Charlie -su ágil mente se hizo cargo de la situación en breves segundos, los mismos que tardó en montar un plan de ataque, suicida en apariencia, pero tal vez el único capaz de sacarlos de aquel atolladero.

Las dos orgullosas flotas, con decenas de millares de unidades cada una, estaban prácticamente aniquiladas ya. La federal apenas dispondría de siete u ocho mil naves, y los denebianos escasamente habían logrado conservar una superioridad de cuatro contra tres. Número por número, la victoria era de la Liga que había logrado reducir hasta este extremo la ventaja de dos a uno inicial, pero en definitiva el hecho cierto era que la mejor ciencia combativa de los veteranos sería incapaz de equilibrar la contienda antes de que la última nave del gobierno central de Sirio quedase convertida en un informe pecio flotando en la soledad del espacio galáctico.

-¡Habla el comandante Thorens! -gritó por la onda general de llamada a la flota-. ¡Asumo provisionalmente el mando por incapacidad del almirante Gould! ¡Concéntrense todas las naves en el punto C-47 del sector!

Los efectos de esta orden fueron inmediatos. La batalla, que comenzaba a extenderse rápidamente al huir los aparatos leales, cambió de signo mientras se amontonaban los restos de la flota federal en un espacio relativamente pequeño. Disparaban al propio tiempo furiosamente sobre las naves denebianas que habían tenido la desgracia de quedar aprisionadas en el cerco, y la tremenda superioridad numérica ocasional tuvo la virtud de lograr el milagro.

Cuando los miserables restos de la flota federal formaron en apretados escuadrones, su número igualaba, o quizá era ligeramente superior, al de la de Deneb.

-¡Lo conseguimos! -gritó entusiasmado Berth-. ¡A por ellos!

Como una tremenda cuña de potencia irresistible, se arrojaron masivamente sobre los denebianos que habían comenzado también a agruparse, penetrando profundamente en sus filas. En el momento justo se abrieron como un abanico de mortales radios.

Dos horas más tarde la flota de la Liga Galáctica era dueña absoluta del campo de batalla. Cierto que su ingente número había quedado reducido a tres o cuatro mil aparatos, pero Grombes había dejado, en el aspecto bélico, de ser una amenaza a la unidad de la Federación.

CAPÍTULO VIII

Eso, al menos, creía el teniente Berth.

Pero no faltaba quien estuviera convencido de lo contrario.

Y este último tenía motivos para saber...

El general George Grombes, oficialmente jefe del Alto Estado Mayor militar del reino exterior de Deneb. En realidad jefe del Servicio de contraespionaje y amo absoluto de vidas y haciendas en la inmensa concentración estelar que eran sus dominios.

El duro descalabro de la flota denebiana no había pasado desapercibido. Todos sabían que la Federación apenas había hecho otra cosa que tambalearse sobre sus bien asentados cimientos, y que la pérdida casi absoluta de la formación comandada por el almirante Smithes, muerto apenas empezar el combate para ser sustituido por el traidor Gould, apenas representaba una disminución de un cinco por ciento en la total potencialidad militar de la Liga.

Por tanto, era cuestión de pocas semanas el que una masiva formación, con su correspondiente ejército invasor, cayera sobre el prácticamente desguarnecido Reino de Deneb.

La población, azuzada desde las sombras por los seguidores de Beaver, Sloane y Caraffa, no vaciló en lanzarse a la calle.

Y, cosa extraña, ninguna fuerza oficial trató de reprimir a la desatada muchedumbre. Ni siquiera las temidas juventudes denebianas, los suicidas secuaces incondicionales de Grombes, dieron señales de vida.

Y Grombes reía fuertemente en su escondite secreto.

-¡Dejadles que se muestren! ¡Imbéciles! Piensan haber acabado conmigo y lo único que consiguen es mostrarme las cabezas que han de caer primero.

Bert, su asistente, reía con él.

-¿Te das cuenta, Bert? ¡Qué pronto han aparecido a la luz los que más me molestaban! ¡Caraffa! ¡El bueno de Wifred, uno de mis hombres de confianza! ¡Y Morris Beaver, el leal ministro de transportes planetarios! ¡Traidores! Sabía que en mi círculo interno había filtraciones, pero ahora estoy seguro de su origen.

Durante unos instantes el omnipotente Grombes tembló de mal reprimida cólera.

-¡Sus cadáveres serán exhibidos en la Rotonda Mayor de la capital el día de nuestra victoria!

Rechinó los dientes un segundo, pero no era hombre capaz de dejarse arrebatar por los sentimientos durante mucho tiempo. La calma renació en él casi instantáneamente.

-¡Bert! -aulló con voz tajante. Su incondicional adoptó la rígida actitud

militar que acostumbraba al recibir órdenes.

-¡A la orden, señor!

-¿Sabes el plan a seguir?

Bert se permitió una fugaz sonrisa.

-A la perfección. La brillante inteligencia de vuestra grandeza aprovechó la sorpresa del asalto a nuestro cuartel general, y la consiguiente pérdida de los archivos para convertir la fulminante derrota que debía seguir inevitablemente, en espléndida victoria. La conducta a seguir ahora, según lo proyectado, es...

-No hace falta que me lo expliques, Bert. Recuerda que la idea y su desarrollo son míos. Y, por lo que veo, lo has asimilado perfectamente. Lo que me interesa es: ¿estás seguro, completamente seguro, de que no habrá algún fallo en nuestra organización cuando llegue el momento?

-Tan seguro estoy de ellos como puede estarlo Vuestra Grandeza de mi lealtad. Saben que la victoria está segura en nuestras manos y no desmayarán ante los aparentes descalabros. Vuestra Grandeza dio el toque maestro al prever estos acontecimientos y anticipar las consecuencias que seguirían. Nuestras filas están apretadas.

-¿Están reunidos aquí todos los comandantes de las legiones?

-Esperan órdenes junto con los oficiales de grupo y sección.

-Perfecto. Tú, como general en jefe de las juventudes, desarrollarás el plan de acuerdo con lo proyectado. Sin embargo no deseo que tomes parte directamente en la operación, puesto que podría haber pelea y tu vida es demasiado preciosa para la causa para que podamos permitirnos el lujo de perderla.

-Perfectamente, señor. ¿Ordena algo más?

-De momento, no. Puedes retirarte.

-Una pregunta, señor, si me permite... -y ante el gesto afirmativo de Grombes, aventuró, vacilante-: ¿Y ese Talbot... y la muchacha? No sabemos donde se encuentran con seguridad. Nadie parece haberles visto.

-¿Les temes, Bert?

-No, señor. La muchacha, sabemos que no representa peligro alguno, ya que mientras estuvo en nuestro poder pudimos arrancarle todo lo que sabía: se vio mezclada accidentalmente en el asunto. Pero Talbot es verdaderamente temible: dos veces ha estado a pique de hacernos fracasar, y se ha burlado con relativa facilidad de todas nuestras celadas y de los mejores agentes. Puede sospechar la verdad y estar tramando un contraataque desde las sombras.

Grombes le miró con cierta conmiseración.

-¡Bert, me das lástima en estos momentos! ¡Ese hombre ha llegado a crear en ti una psicosis de temor, aunque no quieras reconocerlo! Pero, si pensaras un poco detenidamente en el asunto, tendrías la respuesta a tus

prevenciones. ¿Dónde puede estar oculto más lógicamente?

El joven reflexionó unos instantes. Por fin, una alegre sonrisa iluminó sus facciones.

-¡Claro que sí! ¡Es cierto!

* * *

-¿Por qué no salimos nunca a la calle, Jack?

-Puede ser peligroso; tal vez alguien nos reconociera.

-Creo que eres demasiado prudente. El señor Sloane asegura que no hay nada que temer. Está tratando de organizar, junto con sus compañeros Beaver y Caraffa, una fuerza policíaca provisional para mantener el orden.

-Grombes sigue en libertad, Mira. Y puede estar preparando algún golpe.

-¡Bah! Grombes estará oculto en algún rincón o habrá huido a cualquier parte. Ya no representa ningún peligro. Dentro de breves días llegará la flota federal y... -hizo una pausa como escuchando- ¿qué es eso?

Sonaban unas sirenas a lo lejos. Y parecían aproximarse.

-Es el relevo de la guardia -anunció Jack, atisbando por la ventana, oculto casi totalmente por una cortina-. Sloane, pese a su confianza, me ha hecho caso y ha consentido en protegerse contra cualquier acto desesperado de Grombes. Se han agenciado coches policíacos para venir aquí. En las casas de Caraffa y Beaver han hecho igual.

-Si no te conociera bien, Jack, creería que tienes miedo. Ni siquiera te dejas ver de los componentes de la guardia. Y lo peor es que a mí tampoco me consientes salir de estas habitaciones.

-Por mi gusto no estaría siquiera en esta casa, Mira. Si lo hago es por no disgustar a mis amigos, que han insistido en que no hay nada que temer, pese a que yo opino lo contrario. Y no estoy demasiado seguro de que esta noche no salgamos los dos de aquí en un coche rápido, alejándonos de la ciudad.

-En resumen, que no estás tranquilo...

-Precisamente, Mira. Temo a Grombes como al mismo diablo. ¿Querrás venir conmigo? Nos acompañarán Mel Drisard y los demás compañeros que vinieron de Sirio con nosotros. Ahora están alojados en las casas de Beaver y Caraffa.

-Me lo pensaré, Jack -sin embargo la expresión de su rostro desmentía las palabras que acababa de pronunciar. No tenía que pensar en nada, pues ya había decidido no separarse de Talbot mientras permanecieran en Deneb.

La guardia acababa de efectuar el relevo y los salientes penetraban en los coches que trajeran a los demás. Poco después, con un escalofriante aullido de las sirenas, se elevaban en el aire hasta perderse en la distancia

segundos más tarde.

El sargento provisionalmente elegido que mandaba a los hombres, dio las órdenes oportunas para su distribución, de acuerdo con las instrucciones que le transmitiera su antecesor.

Eran una veintena.

La mañana transcurrió con lentitud, hasta que llegó Sloane. Precipitadamente subió a sus habitaciones privadas al objeto de comunicar a Jack las noticias del día, sin apenas importancia.

Habían detenido a un pequeño grupo de agitadores que, debidamente explorados por los aparatos detectores de ondas cerebrales, no habían resultado ser otra cosa que unos incontrolados sin conexión alguna con Grombes ni cualquier otro grupo político.

-Perdimos lastimosamente el tiempo -murmuró con disgusto mientras husmeaba las apetitosas viandas que colocara ante él un curioso mecanismo automático oculto bajo el tablero de la mesa. La cocina era mecánica en su totalidad y bastaba emitir ciertas órdenes en una sencilla clave para que a los pocos segundos quedara satisfecho el deseo-. En principio creí que lograríamos algo de ellos... tal vez sonsacarles el escondite de Grombes. ¡Y eran unos miserables borrachos! Creedme que habría sido capaz de azotarles si hubiera dependido de mí... ¿Qué desea, sargento?

Su mirada se clavaba en la puerta situada frente a él, y sus facciones se contorsionaron con indignación al ver contravenidas así sus órdenes. Jack hizo ademán de volverse.

-Yo no lo haría, señor Talbot -advirtió una voz, suave y helada al propio tiempo-. Les ruego me eviten la molestia y el dolor de disparar contra ustedes.

Jack caviló breves momentos entre la conveniencia de obedecer o no. Podía fingir que se rendía y levantarse con lentitud. Haciéndolo bien, para entonces Mira y Sloane estarían lo bastante separados de él para no correr ningún peligro. Una rápida zambullida hacia el suelo y antes de caer habría extraído la pistola... El sargento no tenía la menor probabilidad de escapar.

-Le aconsejo que no lo haga, señor Talbot -prosiguió la voz impersonal, como si hubiera escuchado sus pensamientos-. Quizá pudiera matarme a mí, pero otros diez hombres me siguen. Y la señorita Dekker podría sufrir algún daño...

Talbot se volvió sonriendo, las manos bien altas.

-Usted gana, sargento -era cierto lo que había dicho, y él no hubiera contado con la menor probabilidad de salir bien. Jack podía ser valiente hasta la temeridad en caso necesario, pero no era un suicida.

Abandonó toda idea de escapar.

-Estamos a sus órdenes. ¿Va a llevarnos con el amigo Grombes?

-Su Grandeza tendrá un verdadero placer en encontrarse nuevamente

con usted, señor Talbot. Puedo asegurárselo -y su sonrisa era todo lo amistosa que podía hacerla el arma que empuñaba y su voz inexpresiva, sin la menor inflexión. Más que un hombre semejaba un robot.

En distintos lugares de la casa encontraron los cadáveres de cuatro o cinco hombres. Los componentes de la patrulla que no pertenecían al propio tiempo a las juventudes denebianas.

Grombes no se andaba por las ramas cuando de conseguir sus propósitos se trataba.

* * *

Los ocho prisioneros, fuertemente amarrados con ligaduras plásticas irrompibles, desfilaron hacia el interior de la grandiosa estancia, excavada en la roca viva, que formaba parte del cuartel general secreto de Grombes.

Sin demasiadas contemplaciones, sus guardianes los alinearon ante la monumental mesa del futuro *Genghis Khan galáctico*.

A una seña de Grombes, los jóvenes que condujeron a los cautivos se retiraron por una pequeña puertecilla, luego de asegurarse de que las ligaduras no podrían ceder: había que cuidar hasta el más mínimo detalle que pudiera poner en peligro la seguridad de Su Grandeza.

Grombes salió de detrás de la mesa hasta quedar de espaldas a ella, enfrentando a los cautivos.

-¡Vaya, vaya! ¡Por fin os tengo reunidos a todos! ¡Mis buenos amigos Beaver y Sloane! De vosotros no llegué a fiarme nunca, ¡pero tú, Wifred! ¡Eres el perro más despreciable que jamás nació en Deneb! ¡Traidor!

-Ese epíteto podría aplicarse a ti mismo, Grombes. ¿Qué haces sino traicionar a tu patria? Solamente buscas tu medro personal, la satisfacción de tus ansias de poder. No te basta con ser el dueño de Deneb, sino que quieres serlo de la Galaxia entera.

-¡Y yo llegué a creerte como los demás que me rodeaban! -había cierta amargura en Grombes-. ¡No eres sino un idealista, un imbécil de los que llenan el mundo!

Una expresión macabra cubrió sus facciones. Mira se estremeció de pavor al identificar la terrible amenaza que irradiaban aquellos ojos de color indefinible.

-Posiblemente eso me permita afrontar mi fin con cierta tranquilidad de conciencia. Tú, por el contrario, temerás a la muerte, la verás acercarse a ti, paso a paso, sin poder hacer nada por evitarla; y el terror...

Una histérica carcajada interrumpió a Caraffa.

-¡No pretendas asustarme ahora, Wifred! Eso está aún muy lejos -su mirada se clavó en el resto de los prisioneros, apartándose de sus compatriotas-. En cuanto a vosotros, me habéis dado mucho trabajo... Por vuestra culpa me he visto al borde del fracaso varias veces.

-Y lo estás ahora también, Grombes. Te ves obligado a ocultarte porque sabes que la muchedumbre te destrozaría si te atrevieras a asomar.

Nuevamente rió Grombes. Parecían divertirle mucho las palabras de Talbot.

-¡Ja, ja, ja! ¡Cuan equivocados estáis! ¡Al contrario de lo que crees, Talbot, en estos momentos mi posición es más fuerte que nunca! Queriendo hundirme no has hecho sino ayudarme a consolidar mi dominio sobre Deneb, precipitando el día en que yo, George Grombes, ¡domine el Universo entero!

-Tu flota espacial está destruida -aventuró Caraffa. Jack había guardado silencio al tener confirmación de sus sospechas con las propias palabras de Grombes.

Los demás creían en una simple bravata, o tal vez que el fracaso había hecho enloquecer a Grombes. El estaba seguro de que al inteligente granuja que tenía ante sí aún le quedaban algunos ases en la manga.

Se limitó en adelante a escuchar. El dictador de Deneb parecía en vena de gloriarse de su astucia y previsión.

-Eso crees, Wifred. ¡Mi flota espacial está intacta! Lo único que lancé a enfrentarse con las naves de la Liga fue lo prácticamente inservible, una pantalla que me permitiría al propio tiempo que quebrantar el poderío y unidad de la Federación, desprenderme de cuantos ineptos militaban en el ejército.

-¡Está loco! -murmuró Beaver.

-Tal vez, ¡pero de alegría! En estos momentos tengo preparada la tripulación de cien mil naves, dispuestas a lanzarse al espacio cinco minutos después de que yo dé la orden. ¡Y están aquí, en este mismo planeta!

Los prisioneros denebianos giraron la vista en derredor, como si tan fabuloso número de astronaves pudieran estar ocultas en cualquier rincón de la estancia.

-¡Jamás podrás disponer del millón de hombres que se precisan como mínimo para ello! -le contradijo Sloane.

-Nuevamente yerras, Sloane. Tengo cien mil aparatos individuales, capaces de cruzar varias veces la Galaxia de extremo a extremo; tan armados como cualquier crucero federal. ¡Y mis fábricas secretas los están produciendo a un ritmo de más de cinco mil diarios! Mis hangares subterráneos los ocultan perfectamente a la vista de cualquiera, y no hay aparato detector capaz de captar el escondite.

-¿Y has cometido la canallada de sacrificar a todo el ejército de Deneb, para dejar paso a esa flota?

-Exactamente. Al propio tiempo me libré de los ambiciosos que me servían en la armada federal. Vuestro vicealmirante Gould hubiera muerto

a manos de mis hombres si no se hubiera mostrado tan torpe que permitió que le arrestaran sus subordinados. Por su culpa perdí más de diez mil naves que me habrían servido, aun siendo anticuadas. Sus tripulaciones no constituirían problema por su pequeño número.

-¡Entonces Gould estaba vendido a ti!

-¡Naturalmente! Él y muchos más. Mataron a todos los oficiales de alta graduación, luego de haberse infiltrado en las naves insignia. Gould asesinó a todos los que no me eran leales en el *Pirro,* pero en la lucha se originaron averías tan graves que tuvo que trasladarse a otro aparato. Pero aún pudo destruir personalmente a otros dos de su escuadra. En toda la flota ocurrió igual.

-Te aprovechaste de su traición para dejarlos luego abandonados. ¡Un golpe maestro!

-Exactamente. Cumplida su misión de minar las tropas federales, no tenían otra utilidad para mí. Lo mismo haré con todos los demás que me quedan aún diseminados entre los vuestros.

Nuevas risas interrumpieron al tirano.

-¡Sí, podría destruir totalmente a la Federación sin levantar una sola mano contra ella! A no ser porque me molestan tanto los traidores que trabajan para mí, como los que lo hacen en mi contra, tened la certeza de que me limitaría a ordenarles que se destruyeran entre sí. ¡Pero la lástima es que sean ambiciosos! Son incapaces de sacrificar sus vidas por un ideal, como vosotros mismos...

-... o como los miembros de las juventudes denebianas que te rodean -terminó secamente Jack, quebrantando por un momento su propósito de guardar silencio.

-¡Exacto, amigo Talbot! Vais a morir apenas termine esta entrevista, y por ello no me importa sincerarme con vosotros. Los secretos que os comunique, os acompañarán a la tumba.

»Esos son otro tipo de idealistas, quizá tan repugnantes para mí como los traidores. Me sirvo de ellos porque para mis necesidades actuales forman la tropa más eficiente y leal que puede ser reclutada, pero...

-¡Un momento! -le interrumpió Jack-. Puesto que no pareces querer ocultarnos nada, ¿querrías contestar a unas preguntas? Lamento interrumpirte, pero...

-No tiene importancia, amigo mío -sonrió con fingida jovialidad Grombes-. Puedes preguntar lo que quieras, seguro de que te contestaré francamente.

-¿Cómo se explica que en los archivos que cogimos de tu antiguo cuartel general no figurara ningún agente tuyo entre los militares de la Liga? En cambio, ahora mismo has dicho que tienes muchos... tal vez centenares de miles, a lo que deduzco.

-Así es. Ten en cuenta que lo que tú asaltaste era la jefatura del servicio de contraespionaje. Allí no habían antecedentes sino de los espías infiltrados en los medios políticos. Los financieros y militares están clasificados en otro lugar... concretamente aquí.

Señaló un enorme fichero de microfilms que cubría todo un muro de la inmensa sala.

-Has dicho que mis actividades te han favorecido más que perjudicado, ¿por qué?

-Me explicaré: tu primera huida me puso en guardia contra una organización contraria a mí, de la que no tenía ni idea. Inmediatamente di órdenes de que agentes míos se infiltraran en ella... sin mucho éxito realmente, ya que los que lo lograron apenas conocían a uno o dos de los conjurados, todos gentes sin ninguna importancia. Simples peones.

-¿Qué más?

-Al comunicar a la Liga los nombres de mis espías, me libraste de unos individuos cuya utilidad para mí sería nula una vez iniciadas las operaciones de conquista. Sin relaciones diplomáticas, esos hombres hubieran constituido más un estorbo que otra cosa.

»Más tarde...

-Olvidas algo -le interrumpió de nuevo Jack, sin ningún miramiento-. ¿Por qué tenían oculta una astronave en la embajada de Sirio, para huir, si dices que esos hombres no te servían ya?

-No todos estaban en ese caso. En la embajada habían tres o cuatro hombres que me podían ser útiles aún, y para protegerles coloqué una guarnición de *suicidas* como vosotros les llamáis, que resistirían hasta la muerte facilitando la fuga de los otros. No hubo suerte aquí. En cuanto a los suicidas, tengo sobra de ellos, y más interés en sacrificarlos que en conservarlos.

-¿Por qué?

-Pues porque...

-No hagas caso de mi pregunta. Eso me lo dirás más tarde -Jack parecía ansioso en evitar determinadas alusiones por el momento-. Me estabas explicando...

-¡Ah, sí! -Grombes sonrió-. La destrucción de la flota de Deneb y mi voluntario ocultamiento ha permitido salir a la luz a todos los enemigos que hubieran podido, más adelante, minar mi poder. A estas horas tengo localizados a todos los traidores que esperan medrar a costa de mi caída. Y antes de veinticuatro horas estarán repletas las prisiones de esa gentuza, esperando ser juzgados sumarísimamente. ¡Y puedo garantizaros que la pena para todos ellos será única! ¡La muerte!

-Ahora explícame lo de los *suicidas* -Jack sonreía con cierto humorismo-. Creo que es lo único que me falta saber.

-¡Qué gran triunfo el tuyo si pudieras comunicar todo esto a tus superiores! ¿Verdad?

-No creo que me sirviera de gran cosa. Tienes todas las riendas en tus manos.

-Como sabéis -Grombes hablaba libremente, sin necesidad de que se le espolease en demasía-, la mejor edad para imbuir ciertas ideas en las personas es aquella que limita el fin de la infancia con el principio de la juventud. Ya en tiempos antiguos se llegó a resultados sorprendentes en este aspecto: como ejemplos podría citaros el de Esparta y las juventudes hitlerianas en Alemania, de las que he copiado el nombre.

»Basándome en las enseñanzas de antiguos libros, editados algunos de ellos antes de que el hombre se asomara al espacio más allá de la atmósfera del planeta Tierra, nuestra cuna común; conocimientos éstos que perfeccioné con métodos científicos de mi propia invención, he logrado una masa de millones de jóvenes dispuestos a sacrificarse por el ideal que les he imbuido. Ideal que yo mismo no siento. Estos jóvenes, que ven en mí al héroe supremo, único capaz de conducirlos al glorioso dominio de la Galaxia por ellos mismos, forman el mejor ejército que jamás ha existido: su máxima aspiración es morir por el ideal. La humanidad como conjunto se beneficiaría hasta un grado inconcebible al ser regida por esta clase privilegiada, de hombres especialmente entrenados...

-¿Y no es así en realidad? -preguntó Talbot al observar un acento desdeñoso en Grombes, muy semejante al escepticismo que surgía en su interior ante tales palabras.

-¡Naturalmente que no! ¡Hasta un ciego vería que eso no es factible sino pura utopía! Mi ideal sí lo es. Es el mismo que impulsó a muchos hombres en la historia de la humanidad, y que yo espero conseguir con mayor perfección que ellos: Alejandro Magno, Atila, Tamerlán, Genghis Khan..., todos ellos buscaban lo mismo: poder, dominio, riquezas... Y yo, George Grombes, a quien los jóvenes denebianos designan con el apelativo del *Genghis Khan galáctico*, conseguiré todo ello con mayor perfección..., porque todos los medios a mi disposición son superiores a los que tuvieron aquéllos, aún contando lo más ambicioso de mi proyecto, que no se limita a un solo planeta.

-¿Y qué piensas hacer con esos desgraciados jóvenes, cuando ya no te sean útiles? ¿Desprenderte de ellos igual que de tus espías y asociados?

-Exactamente. Una vez logrado mi objetivo, constituirán un serio estorbo. Crearé fama de justo y consolidaré mi poder, rodeándome de personas fieles, escogidas cuidadosamente... para ello los más aprovechables son los cortos de inteligencia, los que no ven sino la superioridad cerebral. ¡Esos serán los cimientos de mi futuro imperio!

-¡Tu imperio termina aquí, Grombes, antes de comenzar!

Se volvió como un rayo, sorprendido ante aquella voz conocida que sonaba detrás de él.

-¡Bert! -la cólera temblaba en su rostro-. ¿Quién te ha autorizado a entrar aquí? ¿Has espiado nuestra conversación?

La palidez mortal del joven y la pistola que empuñaba con firme pulso, hicieron innecesario el movimiento afirmativo de su cabeza y las palabras que siguieron.

-Sí. Estoy aquí hace rato. He escuchado toda vuestra conversación. ¡Y no solamente yo, sino todos los hombres que llenan esta inmensa fortaleza! -señaló sobre la mesa una hilera de resortes: el correspondiente al circuito general estaba bajado-. ¡Has destrozado muchos millones de vidas... no sólo de los que han muerto por tu causa, sino de los que vivirán en adelante sin objeto alguno! ¡Hombres a quienes enseñaste a vivir como marionetas, imbuyéndoles un ideal imposible, para burlarte de ellos, sacrificándoles a tu ilimitada ambición! ¡Lo único que lamento, *asesino galáctico,* es no poder arrebatarte más que una sola vida!

Grombes se vio perdido. Y, poseído de una furia satánica, empuñó una pistola demoledora, igual a la de Bert.

Ambos disparos se confundieron en uno solo. Y dos cadáveres, horriblemente destrozados, rodaron por tierra.

¡El imperio del *Genghis Khan galáctico* terminaba, como dijera Bert, antes de comenzar!

EPÍLOGO

No hubo demasiadas dificultades en desarticular el tinglado de la conspiración de Grombes, una vez muerto éste.

Los más significativos de sus seguidores, concentrados en el cuartel general secreto para dar principio a la conquista del poder, pudieron oií, de boca del propio *Genghis Khan*, la realidad de sus planes.

Y fueron los primeros en constituirse en destructores de lo que antes ayudaran a construir.

Ellos mismos impusieron el orden donde antes establecieron el desorden.

Y su adaptación a nuevas normas de vida no fue tan dificultosa como la mayoría de ellos, todos muchachos sumamente inteligentes, creyeran al ver derrumbarse el castillo de arena de sus ideales.

Ole Davies largó una extensa conferencia (de *plúmbea* la tildó Jack, con el entusiasta asentimiento de Mira Dekker) a una delegación de los más destacados.

Entre otras cosas les dijo:

-El Servicio de Seguridad Federal de la Liga necesita de hombres como vosotros, abnegados, leales, capaces de sacrificarse por lo que su conciencia les indica como una causa justa. Enrolándoos en él haréis por la humanidad, por su bienestar, lo máximo que es capaz de hacer un hombre: inmolar su vida individual en aras a la ventura de sus semejantes... y aún hay muchas otras ocupaciones en que vuestras facultades, vuestro entrenamiento, serían aprovechables al máximo en pro de esos nobles sentimientos que tan mal pretendía encauzar Grombes: el ejército es un ejemplo de ellos. Allí son necesarios jóvenes despiertos e inteligentes como vosotros. Tal vez un poco de ambición, en el sentido noble de la palabra, sería muy útil en otros campos...

* * *

-Tendrás otro *Galaxy*...

-No lo quiero.

-...equipado con mecanismos automáticos mucho más perfectos que el Dynam que perdiste...

-No me interesa.

-¿Te parece poco?

-Ni poco, ni mucho. La compensación no es adecuada a las perdidas que he sufrido.

-La Federación tiene una deuda contraída para contigo, lo reconozco. Pero, ¿hay algo que no recuperes? La recompensa, o más bien

indemnización, es generosa. Hubieras tardado muchos años, teniendo suerte, en ganar el total que se te ofrece.

-Tal vez...

-No te entiendo, Mira. Pareces ofendida por algo que yo ignoro.

-Y lo estoy, no lo dudes. Adiós, señor Talbot.

Jack se quedó ante la puertecilla donde en cierta ocasión se quedara esperándoles el capitán Drisard, ahora comandante de escuadrón. La figura de la muchacha fue empequeñeciéndose lentamente en la distancia, mientras cruzaba hasta el otro extremo del colosal salón.

Y Jack pensaba en que algo, dentro de él, se encogía al mismo ritmo.

Entonces supo...

-¡Mira!

Echó a correr con todas sus fuerzas, gritando a pleno pulmón.

La muchacha le oyó, pero hubo de llamarla varias veces antes de que se detuviera a esperarle.

Cuando llegó junto a ella, jadeaba.

Ni una palabra se cruzó entre ellos. Los brazos del joven la rodearon estrechamente.

Luego la soltó.

-¿Era ésa la recompensa que buscabas?

-¡Claro, tonto! ¿Qué otra cosa creías que podía ser? La pérdida del corazón no se indemniza sino en esta forma.

-¿Aceptarás el *Galaxy* ahora?

Ella asintió con la cabeza.

-Nos servirá para el viaje de bodas... y si para algo utilizamos los localizadores de *grabida* será para huir de ella como de la peste.

FIN

Nadie sabía lo que significaba aquel fragmento de plata hallado en el interior del estómago de un tiburón, en mitad del océano Atlántico. Como nadie sabía tampoco que las consecuencias de aquel hallazgo llevarían a un grupo de personas hasta

EL UMBRAL DE LA ATLANTIDA

Diversos eran los motivos que arrastraron a aquellas siete personas a la búsqueda del continente perdido. Para unos, el afán de aventuras, la atracción del peligro. Para otros, el interés, la curiosidad científica. Para los demás, la ambición, la codicia.

Y la expedición partió hacia el mar de los sargazos, en busca de la aventura...

P. DANGER

Vuelve de nuevo el autor que le emocionó en otras ocasiones, con un nuevo argumento, dinámico, subyugador, que le intrigará y le desconcertará desde las primeras páginas. ¿Era ciertamente lo que aparentaba aquella expedición? ¿O había acaso algo más?...

EL UMBRAL DE LA ATLANTIDA

Una novela que, tomando como base las más actuales pruebas y descubrimientos científicos, le ofrece lo que podrá ser, en el mundo de mañana, el descubrimiento de la Atlántida. Un título que, como otros tantos, será un éxito editorial más de la insuperable colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 6 pesetas